
D
DETECTIVE
Provença G
Max Risco
CRIMEN FALSIFICADO

CRIMEN FALSIFICADO

MAX RISCO

Crimen falsificado

1ª EDICIÓN
JULIO – 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

SOHO SALOME

Versión Castellana de:

LUIS CONDE VELEZ

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMER



O

El enorme automóvil — un nuevo «Erazer Man-hattan», hecho en Willow Run e importado «vía Eire» — siguió el mismo camino que la mujer a través de Hyde Park Corner. La siguió de cerca por Knightsbridge y la alcanzó al llegar a Alejandra Gate.

El automóvil se detuvo cuando la hubo adelantado. La muchacha continuó andando. Una portezuela del au-tomóvil se abrió y descendió un individuo de rostro ce-trino y patillas negras. Era un hombre vestido con un traje claro y que llevaba una corbata de vivos colorines pintada a mano. Luiz da Silva, uno de los gemelos cin-galeses, el hermano de Darro da Silva, que había que-dado en el automóvil y se inclinaba hacia el exterior para observar lo que su gemelo hacía. El conductor del vehículo vigilaba entre tanto la carretera.

Cuando Luiz hizo un gesto imperativo, la muchacha se detuvo, reconoció el rostro cetrino y levantó una mano para reprimir los comienzos de un grito de an-gustia.

—¿Qué? — preguntó satánicamente Luiz, al mismo tiempo que ella retrocedía —. ¿Qué esperas? — Su tono amable adquirió de pronto la violencia de un latigazo — ¡Dámelo! — añadió.

La muchacha intentó retirarse, pero Luiz la cogió de un brazo. Da Silva miró su pintado rostro, y una mueca de maldad retorció el suyo, mientras con la mano izquierda se apoderaba de su bolso. Luego, retiró la derecha para abrirlo y mirar en su interior. Rete-nida por el temor a perder lo que era de su propiedad, la muchacha no hizo intento de huir, sino se inmovili-zó. Cuando el pequeño rollo de billetes salió a la luz, la joven se adelantó un paso.

Los billetes fueron sacados de su encierro por las ávidas manos de da Silva y encerrados en uno de los bolsillos de la chaqueta de claro color.

—¡Ya te lo había advertido! — dijo con voz tenue el hombre —. Te dije que estuvieras en la esquina de Swallow Street y que llevases contigo un billete de cinco libras para entregármelo. Es la segunda vez que te lo aviso. Y no podrás hacer nada mejor que estar mañana donde te he dicho. ¡No lo olvides! Y para que no lo olvides, me llevo esto esta noche... Y... — añadió, al mismo tiempo que sacaba la mano del bolsillo — te dejo «eso» que te ayudará a recordar.

Bajo la luz del farol, brilló una larga hoja de acero, una hoja de acero que relampagueó ante los ojos so-bresaltados de la muchacha y desapareció en el acto. Tan repentino fué el relámpago y tan corto, que ya comenzaba a brotar sangre de la pintada mejilla antes de que los rojos labios se abriesen para dejar paso a un grito. Sobre aquella mejilla se marcaron dos labios nuevos. Los labios de una cuchillada, que se separaron para manchar de sangre el vestido de la mujer.

Da Silva se hallaba nuevamente en el automóvil. El bolso de la muchacha quedó abierto sobre el pavimento. El automóvil se puso en marcha de un modo casi silen-cioso por completo.

Antes de que pudiera congregarse un grupo como respuesta a aquel primer grito de terror, la muchacha recogió el bolso, y con un pañuelo apretado contra la mejilla ensangrentada, se alejó de la luz del farol.

***

Marie se reunió con su amigo, el marinero, en una taberna próxima a Jamaica Road. Había en la casa una cálida atmósfera impregnada de olor a cerveza y cuer-pos sudorosos, una atmósfera que se hacía más alegre por las brillantes luces y la música de una gramola automática que sonaba en un rincón. Marie miró por encima de la mesa al hombre de quien todo dependía. El hombre estaba bebiendo un vaso de cerveza.

Marie no se había llamado siempre Marie. En tiem-pos pasados se llamó sencillamente Millie, diminutivo de Millicent. Era una joven alegre. Llevaba las manos cuidadas por una manicura y se rizaba el cabello. Ves-tía abrigos de pieles y medias de nylon.

Aquella noche, Marie había citado al marinero. Se habían encontrado la noche anterior en las cercanías de Wapping Old Stairs. Marie necesitaba hablar urgen-temente con un hombre que fuese agente de embar-ques… o, por lo menos, marinero.

Marie conocía su situación y sabía que no podría encontrar un hombre rico que la acompañase hasta los Estados Unidos, por ejemplo, en un trasatlántico de lujo. Pero suponía que podría lograr que un marinero le facilitase el medio de ir a… a… a cualquier parte en condiciones que llamaba «decentes», aun cuando tu-viese necesidad de trabajar durante la travesía. ¡Y cuánto odiaba Marie el trabajo!

Como quiera que fuese, Marie quería salir de la nación. Tenía necesidad de salir de Londres. Y si es imposible vivir en Londres, no hay en todo Inglaterra un lugar en que se pueda vivir. Marie se estremeció al pensar en vivir en alguna población pequeña y aburri-da. Puesto que en Londres no podía continuar, Marie quería ir a Nueva York, o a París… a cualquiera de las grandes ciudades alegres de que había oído hablar. Y Bud, su amigo el marinero, representaba para ella el billete de viaje para los Estados Unidos. Bud no iba a los Estados Unidos en aquel viaje, pero conocía a un hombre que conocía a un hombre que…

—¿Vamos? — preguntó Marie, mientras se quitaba el cigarrillo de los pintados labios para dirigir una sonrisa a su amigo.

La taberna estaba llena de gentes joviales. Y Marie no era la única mujer que había en el establecimiento… aunque sí la más joven y la más linda.

Bud sonrió y respondió con un signo de asentimien-to. Era taciturno como uno de esos héroes fuertes y silenciosos que tanto entusiasmaban a Marie cuando aparecían en las películas. De todos modos, Bud tuvo la amabilidad de responder con una palabra a la invita-ción de Marie.

—Vamos — gruñó en tanto que retiraba su silla ha-cia atrás.

Aquella noche, Bud iba a poner remedio a la situa-ción de ella. Bud le facilitaría con rapidez un pasaje para salir de Inglaterra, para que fuese a algún lugar en que pudiese olvidar su temor de…

Ella estaba ya en pie, con el largo abrigo de pieles pendiente del brazo y oprimiendo con fuerza el bolso que contenía toda su riqueza terrenal. Siguió a Bud, se cogió de su brazo cuando estuvieron en la calle, como una muchacha corriente que se agarrase al de su novio, mas con la diferencia de que Bud la acompañaba para facilitarla un viaje hacia una tierra nueva donde no volverían a encontrarse. Por lo tanto, no se sorprendió cuando vió que Bud la llevaba en dirección a una calle-juela obscura.

Y tampoco se sorprendió Marie cuando vió que el lugar a que la conducía era un antiguo refugio antia-éreo abandonado y medio derruido. No se sorprendió, pero…

—Entra, entra, chiquilla — dijo Bud, cuando hubie-ron llegado a la puerta. Y la empujó con la mano.

Marie aspiró con disgusto el aire húmedo y parpa-deó sin ver entre la obscuridad.

—¡Bud! — Su voz fue repetida en múltiples ecos por las vacías bóvedas —. ¿Para qué diablos venimos aquí?

La risa de él sonó de un modo que a Marie pareció triste. Bud la empujó hacia la pared. Algo chocó contra la espalda de ella. Era un algo afilado, puntiagudo. Bud la había tapado la boca con la mano. Aquel algo pun-tiagudo que chocó contra su espalda, perforó la livian-dad de las ropas y se introdujo en su carne. Estaba pri-mero frío. Después, adquirió el calor de una llama. Pa-reció exactamente una llama que la perforase la carne.

Antes de que la hoja hubiese hallado su corazón, Marie tuvo tiempo de oír lo que él dijo en voz baja y llena de deleite:

—¡Te lo habíamos advertido por última vez! ¡Esto es un obsequio de los hermanos cingaleses! ¡Tu billete de ida… *sin vuelta*!

La caída del inerte cuerpo a tierra provocó una nube de polvo que le hizo estornudar. Mas cuando el polvo se hubo asentado, Bud encendió un cigarrillo. Bajo la luz vacilante del encendedor, se agachó para recoger el bolso de la mujer, del que sacó un manojito de billetes que se guardó en la cartera.

Luego, todavía agachado, bajó el cuello de la blusa de la mujer. Y con el cigarrillo en la mano derecha, bajó la encendida punta hacia la abertura de la blusa, que tenía la forma de una V…

Entre el olor a humedad y a polvo, se extendió el olor acre de algo quemado… de carne muerta… que-mada…

***

Marcus Evans, el «as» de los reporteros sensacio-nalistas del «Clarión», cruzó la sala de redacción. Y no cesó de hacer un gesto de desdén cuando Jay lo llamó. Jay era el encargado de la sección de sucesos.

Alto, moreno, perezoso, Evans tenía reputación en Fleet Street de poseer el «sentido de la información» y otra reputación, igualmente grande, como «tenorio». Por el momento, todo parecía indicar que era difícil obtener informaciones sensacionales. Se desvió de la di-rección que llevaba para acercarse a la mesa de Jay. Sabía lo que había de oír.

—¡Hola, Marcus! — dijo a modo de saludo Jay —. ¿Qué te sucede? Ni un solo acierto en muchas sema-nas… Y, sin embargo, aquí están las informaciones de las agencias, que hablan de innumerables asesinatos de

mujeres. Pero… ¿te has dormido y desatendido tu trabajo?

—¿Has terminado? — replicó enojadamente Marcus. Y arrojó a tierra un montón de pruebas de imprenta que se hallaba sobre la mesa con el fin de apoyar en ella un codo —. ¿De qué diablos te quejas? Recibes de las agencias la información completa de los sucesos… y yo no podría ofrecerte unas informaciones más deta-lladas que las que ellas te facilitan, ¿no es cierto? Me aburres con…

—¡Eh! Había supuesto que había algo que te abu-rría y cansaba — dijo Jay, de manera colérica —. ¿Que-rrás dejar de perseguir a las mujeres durante cierto tiempo… y dedicarte a la caza de informaciones? No quiero los relatos de las agencias, aunque sean muy completos. Quiero… ¡lo imposible! Y eso es lo que es-tás obligado a facilitarnos… eso es lo que justifica tu paga… lo que siempre nos has facilitado hasta ahora.

Evans bostezó cansadamente, sacó del bolso un ciga-rrillo y lo encendió.

—Escucha, torpe — dijo, con lentitud —. Si una pare-ja de criaturas encuentra el cadáver de una mujer en un refugio antiaéreo y lo comunica a la policía ¿cómo diablos puedo evitar que las agencias se enteren? Y no hay nada de extraordinario en esa historia. La mujer fué marcada, lo mismo que lo fueron otras anterior-mente… y no tienes necesidad de que yo te diga quién realizó la hazaña. Lo sabes… y no puedes publicarlo. ¿Qué esperas? ¿Qué me encargue de detener a los ge-melos… para darte gusto? ¡Ten formalidad! Me pagan para que te traiga informaciones, no para que juegue a policías y ladrones.

—¡Hum! — volvió a gruñir Jay —. ¡Por todos los diablos! ¿No puedes escribir acerca de la cuestión sin necesidad de acusar a los gemelos? No sabes con certeza que los gemelos cingaleses se encuentren en el fondo de esa cuestión. Te limitas a hacer suposiciones…

—¡Dadme paciencia! — Evans se pasó cansadamen-te la mano por la frente —. Sé que los gemelos están en el fondo de la cuestión. Los policías lo saben tam-bién. Lo malo es que nadie ha podido demostrarlo, que nadie ha podido probarlo. Pero los gemelos cometerán un error cualquier día… y los policías se apoderarán entonces de ellos. Y cuando esto suceda, seré el primero que escriba una información completa.

—¿Por qué no *creas* la información? — sugirió Jay. — Haz que hable una de esas mujeres amenazadas…

—¡Cállate! ¡Has visto demasiadas películas! — re-plicó Evans —. ¿Crees que no he intentado hacer hablar a alguna de ellas? Pero se han negado. Tienen mucho miedo.

—Oye, Marcus — continuó Jay, que decidió cambiar de táctica —. ¿Qué me dices sobre tu compañero Quin? ¿Tiene alguna idea…?

—Muchas ideas, amigo, pero las ideas no son infor-maciones. Yo también las tengo y… ¿Qué dem…?

Un escribiente se había detenido ante la mesa. Es-taba respirando fatigadamente y miraba al reportero cara a cara.

—Le llaman al teléfono, señor Evans — anunció el muchacho —. Llamada personal…

Jay exhaló una ruidosa risa.

—¿Qué es este periódico? ¿Un «club» de enamora-dos? Tengo la seguridad de que será alguna mujer quien te llama.

El muchacho le dirigió una mirada nerviosa y en-rojeció.

—Sí, señor… pero…

—¡Lo sabía!

Evans estaba cruzando la habitación en dirección a su mesa con pasos rápidos. Estiró uno de los largos brazos, recogió el receptor del teléfono, se lo

llevó al oído y se sentó.
—Sí, Evans — dijo, al mismo tiempo que se dejaba caer sobre la silla —. ¿Quién llama?
Escuchó en silencio la voz opaca de la mujer que ha-blaba a través del hilo… Y a medida que la mujer ha-blaba, las cejas de Evans se curvaban y ascendían más. Antes de volver a colocar el receptor en su horquilla, lo único que dijo fué:
—Muy bien. ¡Queda convenido!
Estaba silbando con tenuidad en tanto que hacía una anotación en el almanaque con un bolígrafo rojo. Y después, jugueteó con la pluma durante medio minuto más.
Luego, poniéndose en pie, se detuvo antes de acer-carse a la mesa de Jay.
El director de la sección de informaciones levantó hacia él la mirada.
—¡Hum! ¿Otra? Lo veo en tu cara.
—Esta vez es cuestión profesional, ¡idiota! — le in-terrumpió burlonamente Evans —. Cuestiones profesio-nales relacionadas con esas cosas de que estabas ha-blando… Y si quisieras tener paciencia durante veinte horas, podría suceder que al fin tuvieras la información que deseas. ¿Te conviene, buitre?
Jay miró al reportero y asintió con lentitud.
—De modo que hay una palomita dispuesta a hablar, ¿eh? Una mujer te dice por teléfono…
—¿Y qué? — Evans pareció desafiarle con la mirada al mismo tiempo que se ajustaba en la posición correcta el nudo de la sedosa corbata —. ¿Por qué no?
Jay hinchó las abultadas mejillas.
—¡Tráeme esa información, piojo perezoso! — le ordenó, con severidad —. Y espero…
—¿Qué? — volvió a retarle Evans.
—¡Que esa mujer sea más fea que el demonio!
Evans negó con un movimiento de cabeza y continuó sonriendo de modo burlón.
—¡Envidioso! Pero tengo el presentimiento de que sufrirás una decepción, querubín. Si su aspecto se em-pareja con su voz… No debo decir más. ¡Adiós!

CAPÍTULO II

Había llegado a lo alto de la escalera del «metro» y salía a la calle de Sloane, que estaba obscuramente alumbrada, cuando Marcus Evans se dió cuenta de que una mujer joven caminaba a su lado.
Todavía se hallaba cerca de él cuando llegó al ex-tremo superior de Sloane Gardens, en el cruce con la Lower Sloane Street, pero no habló ninguno de los dos hasta que se encontraron ante la larga extensión de King’s Road.
—¿El señor Evans? — preguntó la muchacha, en voz baja.
El reportero la miró de soslayo y sonrió.
—¡Los placeres de la fama! ¿Ha hecho usted últi-mamente alguna buena llamada telefónica?
—Hice una a Fleet Street esta misma tarde — res-pondió ella, instantáneamente.
—¡Bien! ¿Quiere un cigarrillo?

Evans se detuvo y sacó la cigarrera del bolsillo. Cuando la hubo vuelto a guardar, acercó una cerilla encendida al extremo del cigarrillo de la muchacha y examinó el rostro de la joven a la luz de la llama.

Era un rostro un poco pálido, pero bonito La mu-chacha era guapa, con una belleza un poco convencio-nal y estereotipada. Ojos de color azul pálido, cabello dorado. Aquellos ojos azules no estaban a nivel más bajo que los de él. La boca de la joven no estaba a me-nor altura que la suya. Evans pensó que una parte de la altura de su acompañante era debida a los altos taco-nes que debía de llevar.

En los breves momentos que transcurrieron antes de que la llama de la cerilla vacilase y se apagase. Evans vió que la muchacha le devolvía la inspección. Evans tenía la barba muy fuerte y hacía diez horas que no se había afeitado.

Caminaron a través de Chelsea. Los tacones de la mujer producían un continuado repiqueteo sobre el pavimento. Desde ella llegó hasta Evans un olor a per-fumes que era fácilmente distinguible del aroma del tabaco.

Cuando hubieron llegado más allá del cinematógrafo que estaba al otro lado del camino y se hallaba frente a las bombas de gasolina, precisamente ante el recodo en forma de L, la joven hizo una rápida indicación. Evans inclinó la cabeza en señal de asentimiento y cru-zó la carretera detrás de ella.

Se hallaban en la zona sucia del World's End, y en la acera que habían abandonado, Marcus percibió de modo ausente la presencia de un ¿borracho» que se tambaleaba al salir de una de las cabinas telefónicas que allí había, Chelsea había quedado a sus espaldas y la muchacha se dirigió hacia, una calle que en su ex-tremo más lejano se unía a Fulham Road.

La joven, todavía en silencio, se detuvo ante una casa que estaba a mitad de la calle. En tanto que ella abría el bolso y metía en él la mano para buscar algo, Evans tuvo tiempo de recorrer la calle con la mirada y de ver que en su lado izquierdo se componía de casas viejas y tiendas vulgares en el izquierdo. Tanto las ca-sas como las tiendas, parecían no haber recibido el con-tacto de una brocha de pintura desde hacía muchas ge-neraciones.

La muchacha halló la llave. Evans entró tras ella en el portal y parpadeó bajo el resplandor de la luz que se produjo cuando la joven apretó un botón. A ambos lados del portal había unas puertas cerradas e inexpre-sivas. Frente a Marcus, un poco a la derecha, comenzaba una escalera.

La joven se volvió para mirarlo. En su tenso rostro había una sonrisa semi nerviosa y forzada. Se volvió, y comenzó a cruzar el portal.

Subiendo las escaleras tras ella, Evans pudo ver que tenía unas piernas finas y cubiertas de medias de seda, zapatos de última moda y altos tacones que producían un sonido apagado en la oquedad de la escalera.

De nuevo rechinó una llave en una cerradura. Cuan-do se abrió la puerta que estaba ante ellos, la muchacha dirigió una mano a la llave de la luz. La escalera quedó sumida en la obscuridad. Pero antes de que las pupilas de Evans se hubieran dilatado para ver entre las som-bras, otra luz llenó la estancia de un brillo deslumbra-dor.

La muchacha se volvió para cerrar la puerta detrás de él y para dirigirle una sonrisa tranquilizadora. Luego, le señaló una silla y comenzó a quitarse el abri-guito.

—¡Gracias!

El reportero sonrió y se dejó caer en la silla. A una yarda de distancia de él, había una mesita. En tanto que la muchacha se agachaba para encender la estufa eléctrica, Evans repasó de nuevo sus encantos. Y estaba mirándola todavía cuando ella le dirigió una mirada y una sonrisa que eran medio de reto

y medio de ex-trañeza.

Para ser mujer, era, ciertamente, alta. Alta, esbelta, delgada... Bajo la luz resplandeciente, su cabellera bri-llaba como el maíz. Sus ojos parecían casi carecer de color pero sus labios tenían un encendido color rojo que se destacaba con vigor en la palidez de su rostro.

—¿Quiere beber algo? — preguntó ella, al mismo tiempo que se volvía para cruzar la habitación.

—¡Claro que sí!

—Lo siento mucho. Pero solamente podré ofrecerte té — respondió ella, desde la puerta.

Evans hizo un esfuerzo para no reír... y lo logró. Oyó el rascar de una cerilla en una habitación inme-diata y después, el silbido de una llama de gas. Polly puso la tetera sobre el hornillo. La sonrisa burlona de Evans se profundizó. ¿Cómo se llamaría en realidad aquella joven? ¡No se llamaba Polly, con toda segu-ridad!

Todavía descansando ociosamente, Marcus recorrió la estancia con la mirada. ¡Vaya una casa! A su iz-quierda, se hallaban la mesita y un piano vertical. Sobre el piano había una lámpara que proporcionaba la única luz de la estancia. El techo parecía estar a punto de de-rrumbarse. En las paredes estaban una o dos acuarelas de aficionado enmarcadas por unos «passepartouts». Eran unas imitaciones del estilo de Picasso... aun más crudas que el mismo estilo del propio Picasso.

La muchacha regresó cargada con una bandeja que puso sobre la mesita. Se marchó de nuevo y regresó con una humeante tetera.

Los ojos de Marcus Evans se llenaron de regocijo. ¡Si sus compañeros de redacción pudieran verlo en aquel momento...!

La joven comenzó a servir el té en unas frágiles tazas de legítima china, acercó unas sillas a la mesita y se sentó. Evans se instaló frente a ella y tenía el ros-tro serio cuando aceptó una de las galletas que conte-nía la bandejita que se le presentó.

En tanto que comía una galleta, la miró y ella lo miró y los dos comenzaron a hablar. La muchacha le refirió algo respecto a su vida en Hungría y se encogió de hombros cuando dijo que estaba «sola en el mundo». Había llegado a Londres cuando era todavía una niña. Y si sus actitudes eran las de una mujer «continental» su acento era puramente londinense. Tenía un sentido del humor que era un poco despectivo. Y mostró a Evans un álbum de bocetos.

La muchacha se dió cuenta de que él miraba las acuarelas de las paredes y le explicó que también eran obra suya.

—¡Oh! ¡Es usted una verdadera artista... así como una gran modelo! — dijo él, con cierta vehemencia.

Y ella se ruborizó, no por el pensamiento de que fue-ra una gran modelo, sino por el elogio a sus manchones de colores.

Ella habló de su trabajo como modelo de los artistas del pincel, los cinceles o la cámara fotográfica. Las «po-ses» llamativas eran su especialidad. No trabajaba para las escuelas de arte, donde la modelo tan sólo necesitaba ser un ser humano.

La tetera había quedado vacía de líquido.

***

Fué una hora más tarde cuando Evans salió de la casa. Y en aquella ocasión, ella no encendió la luz del portal. En sus ojos estaba aún aquella expresión de re-sentimiento que tanto desconcertaba al reportero.

—¡Buenas noches! — dijo Evans —. Y muchas gra-cias por la invitación.

La puerta se cerró un instante más tarde.

Evans no estaba lejos de su piso de soltero, que se hallaba en Cheyne Row, adonde se llegaba por Beaufort Street, Chelsea Embakment y Cheyne Walk. Estaba to-davía nervioso y cuando se acostó le resultó difícil dor-mir a causa de la actividad de sus pensamientos. A la mañana siguiente, se levantó temprano y después de una ducha apresurada y un afeitado rápido y un pre-cipitado desayuno, comenzó a escribir con su máquina portátil.

Con una sonrisa de satisfacción, reunió las hojas es-critas y salió de la casa para dirigirse a Fleet Street. Llevaba material capaz de entusiasmar al más exigente de los directores, al rechoncho Jay.

***

Evans cruzaba con ligereza la sala de redacción cuan-do recibió la noticia.

Con un resplandor de satisfacción en los ojos y un vacío completo en el estómago, iba en busca de un poco de comida cuando fué detenido en medio de la calle por una llamada de Jay.

En una de sus gordezuelas manos, el veterano pe-riodista llevaba una prueba de imprenta.

—¡Eh, Marcus! — gritó Jay.

El reportero se detuvo.

Normalmente, el reportero no acostumbraba a ma-drugar. Pero las circunstancias no eran completamente normales.

—¿Qué me dices de esto? Creo que es cosa de tu jurisdicción… por entero.

—Bueno. ¡Venga de ahí! — sugirió Evans, sin gran interés.

—Te conviene repasar estas pruebas — añadió el director.

Marcus tendió la mano desconcertadamente.

—¡Veamos, veamos! — dijo.

Y cogió la larga tira de papel y repasó con rapidez lo que en ella estaba defectuosamente impreso. Sus negras cejas se unieron súbitamente y descendieron.

La prueba de imprenta contenía estas líneas:

> ASESINATO DE UNA MODELO
>
> *Una mujer rubia marcada a fuego después de muerta.*
>
> «En un piso de Gunshaw Road, Fulham, se ha descubierto esta mañana el cuerpo mutilado de su inquilina. La víctima, que fué primera-mente estrangulada y después marcada con el fuego de un cigarrillo, ha sido identificada como la señorita Magda Karoli, modelo de ar-tistas.
>
> »Se cree que algunos factores del crimen es-tán relacionados con el mercado negro y el chantaje».

El reportero levantó la cabeza y exhaló un largo aliento.

—¿Dices que crees que esto puede tener algún punto de contacto con el original que os he entregado? — preguntó, sin ningún signo visible de emoción.

—¡Es claro! Chantaje, mercado negro, etcétera… Y la policía supone qua esa mujer se hallaba al borde de esos círculos…

Evans lo interrumpió.

—¡Sospecha! — dijo con una sonrisa árida —. Lo estaba, ciertamente. Compréndelo, Tubby. La mujer que me facilitó la información de hoy era una rubia… y se llamaba Magda Karoli.

CAPÍTULO III

—…y hasta donde sé, estos son los hechos…

Marcus Evans cesó de hablar, y, por segunda vez en el curso de veinticuatro horas, aceptó una taza de té ofrecida por una mujer hermosa. Pero en aquella oca-sión, la mujer era la esposa de un amigo suyo.

Inevitablemente, el reportero había llevado la noti-cia de lo sucedido al hombre en quien se combinaban dos virtudes. Las de la amistad personal y una larga experiencia en el terreno de la criminalidad.

Noel Quin no era un investigador de los que ofrecen sus servicios por medio de anuncios o los ponen a dis-posición de las parejas desilusionadas que desean des-hacer las ligaduras matrimoniales. Quin era un espe-cialista en criminalidad, cuyos servicios en los días amargos de la guerra, fueron dedicados al departamento de Guerra Científica y a New Scotland Yard.

Quin no era solamente un hombre de ciencia. Ade-más, era un hombre duro. Corría entre los «gangsters» la leyenda de que llevaba un *nokau* en cada puño y una soga de verdugo en la bocamanga. Y cuando menos, podía decirse con certeza que si Quin ponía la soga al-rededor del cuello de los delincuentes con sus investi-gaciones de laboratorio, también era el propio Quin quién ponía las esposas en las muñecas de los asesinos. ¡Y no se entregaban con facilidad todas sus víctimas!

Pero la captura más satisfactoria y perfecta de cuan-tas Quin había efectuado, fué la de la hermosa Carol, su linda esposa. Hasta Marcus Evans, el Casanova de Fleet Street, envidiaba a su amigo aquella espectacular hazaña.

En la casa de los Quin, en Dover Street, Marcus es-taba refiriendo las noticias comunicadas por Tubby Jay, pero interrumpió el relato para tomar de manos de la hermosa Carol una taza de la que *no* era su bebida predilecta.

Frente al periodista, al otro lado de la mesa, el in-vestigador esperaba a que su amigo continuase. Después de tomar un corto sorbo del cálido, té, Marcus señaló las pruebas de imprenta que tenía a su lado. Eran las de su artículo — que Carol y Quin habían, leído ya — y la in-formación que Jay le había entregado.

—Tú sabes tan bien como yo lo que se relaciona con los hermanos cingaleses — continuó, después de la breve pausa.

Quim asintió.

—Sí — dijo, sin hacer comentarios.

—Sabes que están detrás de la mitad de los críme-nes que se realizan en el West Road. Sabes… proba-blemente mejor que cualquiera otra persona que no per-tenezca a las fuerzas de pollera… sabes que Scotland Yard conoce la fuente de esa fuente de criminalidad y el destino de los beneficios que produce, mas que no puede emprender ninguna acción que lo interrumpa… ¡por falta de pruebas!

—¿Qué más?
—Sabes que la policía acepta ya la idea de la exis-tencia de una amplia organización criminal, al estilo de las que operan en los Estados Unidos.
—¡Cierto, oh, oráculo!
Marcus enrojeció.
—Sé que decirte todo esto es como si quisiera en-señar a mi abuela la técnica de freír un huevo… pero el caso es que ayer recibí una oferta de información secreta relacionada con los hermanos cingaleses y su información. En pocas palabras: que son los lugarte-nientes de un gran personaje, una fachada tras de la cual se oculta el verdadero cerebro rector.
—¡Hum!
Quin sonrió de manera animadora.
—El ofrecimiento — explicó Marcus — llegó por te-léfono… y procedía de una mujer joven… La mucha-cha alegó que era una de mis habituales lectoras, que poseía unos informes que estaba dispuesta a comuni-carme…
El investigador le interrumpió con interés.
—Y por qué te escogió para recipiente de sus confidencias?
Marcus enrojeció de nuevo.
—Supongo que… por diversas razones. En primer lugar, porque no le agradaba ponerse en contacto con los policías, a los que tenía una aversión natural. Por otra parte temía los resultados de una delación… ¡Se oponía a presentarse en público en lo que se relaciona-se con esa cuestión! En segundo lugar, suponía que un periódico de importancia pagaría bien las informacio-nes exclusivas que se le facilitasen. Y la razón de que se dirigiese a mí pudo basarse en la circunstancia de que vivo cerca de su casa y podría ponerse en contacto conmigo sin necesidad de abandonar el que podríamos llamar su «campo de operaciones». Pero comienzo a creer que la razón fundamental pudo ser que esa mujer conocía mi amistad… contigo.
—Y en tal caso… ¿qué fué lo que la movió a hacer sus revelaciones? ¿Un deseo de venganza contra al-guien? — preguntó Quin.
Marcus arrugó el entrecejo.
—No lo sé — dijo —. De todos modos, no quiso in-dicarme por teléfono su nombre, sino que fijó una cita en Sloane Square para anoche. Nos encontramos, como habíamos convenido. — Marcus comenzó a hablar con más rapidez, que antes —. Me llevó a su casa… Pre-paró un té… Hablamos acerca de nada en particular, y concebí sospechas de que mi amiguita temía abordar la cuestión fundamental… Pero al cabo de poco tiem-po, comprendí la verdadera razón…
—¿Cuál es?
—Me pareció apreciar que le dolía que se la consi-derase como una especie de oficina de información… Estaba orgullosa de su belleza, y el interés que puse en sus informes le pareció, una ofensa para sus encantos…
—Y ¿qué te reveló? — preguntó Quin.
—Ahora os lo diré. Pero, antes, leed esto.
Marcus puso en manos de sus amigos la segunda ga-lerada.
El investigador la leyó. Y desde detrás de él, su es-posa hizo lo mismo por encima de su hombro.
—Y ¿el nombre de tu… informante? — preguntó Quin.
—Sí… Magda Karoli. Es la víctima… como has su-puesto.
—¡Huuum! — murmuró Quin —. Y ¿cuál fué la hora de su muerte?
—Ocurrió en las primeras horas de la madrugada.
—En las que podrían estar incluidos los momentos de tu presencia en aquel lugar. ¿Está enterada la po-licía de tu visita?
—¡Sí! Fui esta tarde a Gunshaw Road… como pe-riodista. Wise se hallaba allí. Y le dije lo sucedido la noche pasada. Podría descubrirse por cualquier otro

procedimiento y suscitar dudas en el caso de que lo hubiera silenciado…

—¿Crees que la joven ha sido asesinada por las per-sonas a quienes denunciaba con sus manifestaciones…, que el crimen es obra de una cuadrilla?

—Ciertamente. Hay dos factores que lo indican. Por ejemplo… — el periodista cerró los puños involunta-riamente —. Después de la muerte, la muchacha fué marcada… con la lumbre de un cigarrillo.

Un espasmo de horror se dibujó en el atento rostro de Carol.

—Tales marcas — añadió Marcus — han sido muy frecuentes en los últimos tiempos… pero en personas *vivas*.

—Lo sé — dijo con voz fría Quin —. De modo que las marcas de la señorita Karoli, ¿se supone que tienen el mismo origen que las otras? Su objeto… ¿era que sirvieran de advertencia y aviso?

—Así debe de ser. Pero la información que la seño-rita Karoli me facilitó…

—¡Ah, sí! — Quin bajó la mirada hacia el papel en que aparecía la información de Marcus —. ¡Una in-teligencia rectora detrás de los gemelos cingaleses! Se hace preciso deducir que es a los gemelos cingaleses a quien se refiere todo esto, naturalmente, ya que no es posible citarlos por sus nombres, con el fin de no caer en los dominios de las leyes contra la difamación… Pero afirma con claridad que detrás de ellos hay un Gran Jefe. Y que ese Gran Jefe es… ¡una mujer!

Marcus estaba jugueteando distraídamente con una cucharilla.

—¡Exactamente! Y obtuve un detalle más. Un de-talle impublicable… pero definitivo. Tan definitivo, ¡que lo he comunicado a Scotland Yard!

—¿Te refieres a la identidad de esa Al Capone fe-menina?

Los ojos del periodista resplandecieron triunfal-mente.

—Has vuelto a acertar. Como he dicho a los jefes del Yard, la mujer que está detrás de los hermanos cin-galeses y de todas las ramificaciones de su organiza-ción… ¡es japonesa! Fué directora de una organiza-ción similar que existió en Tokio.

Tanto Quin como Carol esperaron en completo si-lencio.

—Su nombre — añadió con lentitud Marcus Evans — es Sato Yamasaya.

***

El té fué olvidado. En la expresión de Quin hubo algo que Carol y Marcus conocían bien.

—¡Dime! ¿Quieres decir que me pides que des-cubra al asesino de la señorita Karoli?

—No es eso precisamente — respondió Marcus —. Es decir: salvo en el caso de que las sospechas pudie-ran recaer sobre mí… cosa que no hay probabilidades de que suceda.

—¡Huuum! Dices que la mujer fué marcada a fue-go después de su muerte. ¿Es cierto?

—Así lo creo. Aunque no mucho tiempo después de la muerte.

—¡Lo mismo que la muchacha del refugio de Ber-mondsey! — exclamó Quin.

—¡Sí, diablos! Y en este caso, sin embargo, se ha descubierto una huella de golpe en la parte posterior de la cabeza de la muchacha, como si hubiera sido gol-peada antes de estrangularla. Y no se han descubierto las huellas de lucha que habría sido posible esperar en el caso de que hubiera sido marcada cuando se hallaba en estado consciente.

Quin se puso en pie.

—Me has dicho que Wise se hallaba en el lugar del crimen. ¿Se ha

encargado de dirigir las investigacio-nes?

—Es cierto.

—¡Bien!

Quin sonrió. Aun cuando Evan y el inspector de-tective Wise fuesen rivales y fingiesen ser enemigos, ambos eran amigos de Quin.

—Y el cadáver está... ¿dónde?

—En el depósito judicial. En el Hospital de Londres.

—Voy a llamar allá por teléfono para que me faci-liten todos los detalles que sea posible comunicarme.

Carol y Marcus oyeron que el investigador hacía la llamada desde la habitación inmediata. Y transcurrie-ron más de diez minutos antes de que regresase a la estancia en que se hallaban.

—Fellowes ha realizado ya la autopsia — dijo Quin —. Conmoción cerebral, contusión en la faringe, fractura del cartílago de la faringe. Muerte por asfixia Ocasio-nada por estrangulación manual. Todos los signos ha-bituales de estrangulación. Incidentalmente, Marcus, re-sulta que la señorita Karoli era aún una mujer buena...

—¡Me gustaría saber que tenías a tu alcance a los granujas que la mataron! — dijo Marcus con calma.

Quin giró para detenerse de espaldas al fuego de la chimenea, de cara a su esposa y su amigo.

—¿No te dijo de qué modo había adquirido los in-formes que te proporcionó? — preguntó.

—No. Eso es lo que se negó a revelarme. Pero me parece que está claro que alimentaba cierto odio por la mujer a quien nombró.

—¡Espero que el odio no fuese tan violento como para forzarla a inventar todo lo que te dijo!

El periodista se encogió de hombros.

—Eso, es Scotland Yard quien ha de aclararlo. Lo único que yo necesitaba era la confirmación de la teoría de que los gemelos cingaleses trabajaban a las órdenes de un jefe más importante que ellos. Magda estaba dis-puesta a permitir que se hiciesen investigaciones res-pecto a la verdad de lo que me decía; y yo, natural-mente, lo creí. El nombre efectivo del jefe era cosa que no me importaba mucho, puesto que no podría publi-carlo. He convenido con Wise que, como recompensa por los informes que le he comunicado, me facilitará noti-cias antes que a nadie en el caso de que se practique alguna detención como resultado de mis manifesta-ciones.

—¡Marcus! — dijo el investigador —. Voy a echar un vistazo por el lugar del crimen. Y también quiero ver el cadáver. Pero Carol y yo estábamos citados para ir esta noche al teatro con unos amigos: Peter Master, el director, me ha enviado invitaciones para el estreno de hoy, «El día muere en obscuridad». Carol tiene gran-des deseos de ver a la estrella de quien tanto se ha hablado últimamente: Patricia Lawrence.

—¡Patricia Lawrence!

La expresión que se dibujó en el rostro de Marcus fué tan extraña, que Quin lo miró fijamente.

—¿Hay algo de anormal en ello?

—No. ¡Claro que no! De todos modos... no se pue-de obrar como policía y asistir a un estreno teatral la misma noche, y...

—Eso quiere decir que te ofreces a acompañar a Ca-rol, ¿no es cierto? — Y se volvió hacia la mujer —. Oye, Carol: ¿crees que podrías estar segura en un asiento próximo al de este Peligro para las Mujeres?

—Pues... ¡podría llevarme un revólver, querido! — sugirió esperanzadamente Carol.

—¡Cierto! Muy bien, Marcus. Lleva a Carol al tea-tro «Empress», e iré a buscaros al restaurante «Ve-rona» después de la representación… Masters me ha pedido que esté allí, ¡no sé por qué! Toda la compa-ñía estará también allá, donde piensa celebrar el estre-no… ¿Te parece bien, Marcos?

—¡Claro que sí! — El periodista se levantó —. Ha-bré de ir corriendo a Chelsea para cambiarme de ropa. Vendré a buscarte a las siete en punto, Carol.

El periodista salió. Y Quin se volvió hacia su esposa con rostro sonriente.

—Me pareció apreciar que Marcus se sorprendía cuando dije que íbamos a ver a *tu* famosa Patricia Lawrence… Conviene que comiences a vestirte en tanto que telefoneo al Yard para pedir que me au-toricen a ver el cadáver.

Carol salió en dirección a su dormitorio. Y cuando se desnudaba para tomar un baño, pensaba más en la cita de su esposo con la muerte que en su propio pro-grama para la velada.

Todavía no se había presentado en su imaginación la idea de que pudiera haber alguna relación entre el drama fingido que se representaba en el «Empress» y la tragedia real que se había desarrollado en Fulham.

CAPÍTULO IV

Por tercera vez en el transcurso de una hora, Luiz da Silva aceptó una copa de manos de una joven her-mosa. No de una señora, puesto que Zita no era una señora. Aunque no lo fuera, podía permitirse el lujo de ofrecer copas de pernod caro al conocido granuja. Pernod que costaba a ocho guineas la botella era la clase de bebida que da Silva creía que mantenía su prestigio entre los pececillos menores del vicio, las be-bidas y los estupefacientes.

Los gemelos cingaleses se hallaban sentados en una confortable estancia situada en la parte posterior del «Plectrum Club», en la calle Dean, de Soho. Aquel club, como otros varios, era propiedad de los dos hermanos. Si un hombre de vida sospechosa necesitaba hallar un disfraz, el mejor modo de conseguirlo consistía en po-seer un club. La policía no puede registrar un club sin hallarse en posesión del pertinente mandato judicial.

Los gemelos singaleses hacían bien las cosas. Para serlo, un club necesita tener socios. Y el «Plectrum» los tenía. Mas a pesar de su nombre, no todos los socios se interesaban por manejar una guitarra o una mandoli-na. Lo que interesaba a la mayoría de sus miembros, era lo que los hermanos cingaleses pudieran facilitarles.

Y los hermanos cingaleses, los dos gemelos, obte-nían grandes ganancias.

En tanto que Darro se recortaba las uñas con una navajita, Luiz estaba bebiendo el tercer pernod y mi-raba a Zita.

Zita tenía algo de común con los dos gemelos, ade-más de su carencia de moral. Lo mismo que ellos, Zita tenía negro el cabello, piel aceitunada y ojos obscuros. Allí terminaba el parecido. Los gemelos eran de esta-tura media y fuertes. Nadie podría creer que estuviesen dotados de una belleza varonil. Zita tenía las piernas, largas, bonitas, un tipo distinguido, la elasticidad de una bailarina y la cintura propia de las esculturas clásicas.

Zita estaba sirviéndose una copa cuando Bud Con-nor entró en la habitación. Bud Connor, el granuja americano, el apuñalador, el que se encargaba de mu-chos asuntos de los gemelos relacionados con carga-mentos ilegales. Connor, el que mató a una muchacha en un refugio de Bermondsey

hacía poco tiempo…

—¡Oh! ¿Estabas ahí, Bud? — exclamó Luiz cuando el corpulento granuja se presentó —. Siéntate y toma una copa.

Bud hizo lo que se le decía.

Darro nada dijo. Era el miembro silencioso de los gemelos. Pero levantó la mirada de su labor constante de arreglarse las uñas. Este era signo de gran interés por su parte. Y aquel signo de interés solía hacer que quienes lo observasen se estremeciesen. Cuando los de-más se limitaban a hablar, Darro obraba. Luiz, que hacía las dos cosas, no podía ser comparado con su her-mano cuando llegaba la ocasión de obrar de manera radical y mortal.

—Te he llamado, Bud — continuó Luiz —, porque necesito informe.

Y arrojó al granuja un ejemplar de un periódico de la tarde y señaló una columna.

Connor repasó con rapidez el texto que se le indi-caba.

—¡Demonios! ¡Esa mujer…! — murmuró —. Ya recibió lo suyo… ¿verdad?… Pero ¿cómo diablos…? El periódico dice…

—¡Sí, Bud! Marcada… lo mismo que Marie y las otras. ¿No sabes nada de eso?

—¿Yo? — Si Bud no era un consumado maestro en el arte del fingimiento, estaba verdaderamente sorpren-dido —. ¡No, diablos! ¿Por qué he de saberlo?

Los labios de Luiz se contrajeron en una sonrisa melosa.

—Nos hemos… preguntado. Bud… Sabes que… nos-otros no sabemos nada acerca de eso… ni lo sabe ¡*ella*!…

Bud se sorprendió aun más. *Ella* era el modo de que siempre se designaba a la mujer misteriosa que estaba a la cabeza de la organización. Bud era una de las pocas personas que tenían conocimiento de su existencia. Los gemelos, que debían de conocer la identidad de *ella*, ja-más pronunciaban su nombre. Evidentemente, el asesi-nato de aquella señorita Karoli era algo apasionante. Pero si Bud sabía alguna cosa que con él se relacionase, no lo dijo. Se limitó a adoptar una expresión de sor-presa.

—¿Quieres decir — preguntó con lentitud — que ninguno de los muchachos sabe nada?

—¡Precisamente! ¡Eso es lo que he dicho! — los negros ojos de Luiz parecieron intentar perforar el sorprendido rostro de Bud; pero el granuja no se alteró.

—Entonces… alguien… — comenzó a decir —. Al-gún hombre listo…

—Sí, Bud. Como has dicho, algún hombre listo… Todo parece indicar que algún hombre listo ha inten-tado liquidar una cuestión personal… ¿eh? Y hacer que las culpas sean atribuidas a…

—¿A mí? — pregunto con calma Bud.

Luiz continuó mirándolo.

—Acaso alguien haya intentado cargar las culpas contra nuestros muchachos… entre los cuales estás in-cluido. O también podría, Bud, ser una astuta jugada tuya. Una jugada destinada a arrojar la responsabili-dad sobre los muchachos que han practicado… muertes comerciales… Como sí hubieras querido presentar un acto personal como si fuera un acto de la organización…

Bud se hallaba en pie y estaba malhumorado.

—¡Oye, jefe! — protestó —. Si yo tuviera que ha-cer algún acto personal de eliminación…, lo haría… sin complicar a los demás. Pero si no he cometido esa muerte ni la ha cometido ninguno de los otros mucha-chos, entonces es que hay alguien que quiere que nos sea atribuida, como antes he dicho.

Luiz se enderezó en el sillón.

—¡Muy bien, Bud! Dejemos así las cosas por aho-ra. ¿Conocías a esa mujer?

—Sí. La había visto algunas veces. Bailé con ella en ocasiones… Por eso sé su nombre. Pero nunca fui-mos… amigos.

—¡Muy bien, Bud! Espero que no habrás sido nun-ca… indiscreto.

Bud enrojeció intensamente.

—¡No, diablos! No supondrás que comienzo a char-lar lo que no conviene tan pronto como encuentro una mujer…

—¡No, no, Bud! ¡Qué suposición más disparatada! — La sonrisa de Luiz se intensificó. Luego, se desvane-ció repentinamente. — Averigua todo lo que puedas so-bre esa cuestión, Bud. Es una cosa que no me gusta. Por lo menos, servirá para que los policías comiencen a bullir en los alrededores de Saville Row y su estación, y ya están las cosas bastante mal sin necesidad de que Scotland meta las narices en esos lugares. Nos encon-tramos ante alguien que se ha apoderado de nuestra *marca registrada*… con el propósito de hacer que la cuerda rodee nuestros cuellos en vez del suyo. ¡O tu cuello, Bud! ¡Tú has utilizado con exceso nuestra *mar-ca registrada*! — La sonrisa volvió a rostro aceituna-do del bandido —. Haz lo que puedas, Bud. ¿Estamos de acuerdo?

Bud permaneció inmóvil durante unos momentos; luego, asintió.

—Lo estamos — dijo de repente —. ¡Hasta la vista, jefe! ¡Hasta la vista, Zita!

Luiz inclinó la cabeza y sonrió. Zita dijo:

—¡Adiós!

Darro da Silva se limitó a mirar a Connor sin ha-blar ni sonreír.

Darro ni siquiera parpadeó. Miró cómo Bud salía de la habitación… y continuó arreglándose las uñas.

Zita se estremeció.

***

Enterado telefónicamente de que el inspector Wise se hallaba todavía en el lugar del crimen, Noel Quin se dirigió inmediatamente a Fulham en su «Jaguar».

Wise alegróse al ver aparecer al investigador par-ticular en la casa. Pero sólo durante pocos segundos. Lo que preocupaba al hombre de Scotland Yard era demasiado importante para que pudiera ser olvidado mucho tiempo. Con él se hallaban un par de «expertos» — especialistas en impresiones digitales y fotografía — que saludaron al recién llegado con unas sonrisas de bienvenida.



«La joven comenzó a servir el té...»

Parecía ser que la residencia de la señorita Karoli había sido repentinamente inspeccionada. Muestras del polvo de la alfombra habían sido enviadas a los mu-chachos del laboratorio para que las analizasen. Detrás del sillón que se hallaba junto al piano había sido en-contrado otro montoncito de polvo que demostraba que las faenas domésticas no fueron cosa de la predilección de la señorita que ocupaba el piso.

Quin paseó la mirada a su alrededor, pero no halló nada que ofreciese caer dentro del campo de acción de sus peculiares actividades.

—¿Quien descubrió el cadáver? — preguntó al mis-mo tiempo que se detenía ante el inspector.

—Una mujer del piso bajo. Comparte una vivienda con una hermana suya. Subió esta mañana con una car-ta para la señorita Karoli y halló la puerta ligeramente entreabierta. Sabiendo que la rubita no había salido aún de su

casa, la llamó por su nombre. La llamó varias veces sin conseguir ninguna respuesta audible. Por esta razón, terminó de abrir la puerta y miró hacia el inte-rior. El gabinete estaba todavía hundido en sombras. La mujer tuvo lo que llama «un presentimiento extra-ño», buscó la llave de la luz, la encendió… y gritó. La señorita Karoli no estaba solamente muerta, sino, ade-más, fría.

Quin no hizo ningún comentario. Wise continuó:

—La señorita Karoli estaba tendida en el diván en actitud grotesca, vestida con un pijama de seda roja. La mujer que entró en la casa sufrió un susto de muerte.

—¿Cómo se llama esa mujer? — preguntó Quin.

—Crimmins. Señorita Crimmins. No perdió la ca-beza, y conservó la serenidad necesaria para mandar a su hermana en busca de un médico y a avisar a la po-licía.

—¿Tiene usted inconvenientes de alguna clase en que suba ahora aquí? — le dijo Quin.

—No. De ningún modo.

Uno de los ayudantes del Yard bajó en busca de la mujer.

La señorita Crimmins era una mujercita de piel blanca y rosada y cabellera negra. Tenía una edad me-diana y llevaba una bata doméstica que parecía un ki-mono japonés.

Las preguntas de Quin no produjeron el efecto de que la señorita Crimmins le proporcionase informacio-nes de valor. Parecía ser que nadie de la casa había oído llegar a la señorita Karoli la noche precedente; nadie había sospechado que se hallase presente ningún visitante. Los ocupantes de los otros pisos se habían acostado antes de la medianoche.

De los asuntos y las amistades personales de la se-ñorita Karoli se sabía muy poco. La señorita Karoli organizaba en ocasiones fiestas a las que los jóvenes que acudían llevaban sus meriendas y bebidas. A veces, sonaba la música del piano; los invitados entonaban entonces canciones alegres con potente voz.

Con demasiada frecuencia, la joven recibía visitas de varones, probablemente pintores que deseaban contra-tarla como modelo. Aun cuando la rubita no lo hubiera proclamado, en la casa, donde pasaba muy poco de su tiempo, se sabía que trabajaba como modelo de es-cultores, pintores y fotógrafos. Su retrato había sido publicado muchas veces en las «revistas de arte».

Pero no se sabía que ninguno de tales visitantes po-seyese una llave de la puerta de entrada. Quin observó que la cerradura «Yale» no había sido violentada: por esta razón, salvo el caso de que la rubita no hubiese olvidado cerrarla después de la partida de Marcus Evans, el asesino debía de hallarse ya en la casa en aquel momento… ¡o poseía llave!

—¡Huuum! — exclamó Quin —. Lo único que sa-bemos con certeza es que el asesino debía de tener unas manos muy fuertes y que pudo dominar a la mucha-cha antes de que ésta pudiera suscitar una alarma, o que era alguien a quien ella conocía, alguien cuya pre-sencia no podría atemorizarla.

—¡Sé que nos hallamos ante un problema infernal! — gruñó Wise —. La muchacha era una de ésas que tie-nen probabilidades de convertirse en víctimas de un crimen…, como ha sucedido. Y sabiendo que tenía mi-llares de conocidos en diversos círculos de la sociedad, preveo que voy a perder muchas noches de sueño.

—¿Comprobando motivos y coartadas? — sugirió distraídamente Quin. Estaba imaginando la escena: el cuerpo vestido de rojo, tendido sobre el diván verde, la diminuta mesa del cenicero caída en el suelo, entre las puntas de cigarrillos repartidos por la alfombra, las huellas de carmín de labios en algunas de ellas…

—No podemos hacer mucho más — dijo Wise con rostro severo.

—¿No ha pensado usted en el posible motivo para el crimen que representan las revelaciones que la mu-chacha hizo a Evans?

—No lo he olvidado — afirmó el hombre del Yard —. De todos modos, aquella historia que la señorita Karoli relató no tiene el apoyo de unas pruebas. Por esta causa, en el caso de que el relato fuese el motivo de la muerte de la joven, el asesino debió de sospechar que la señorita Karoli habría revelado algo más que lo que en realidad reveló.

—Pero ese relato podría ser la palanca que pusiera en marcha los grandes rodillos de la justicia, ¿no es cierto? Proporciona a usted un objetivo y una orien-tación definidos. ¿No se ha hallado ninguna corresponden-cia reveladora? ¿Qué sabe usted de la carta que la se-ñorita Crimmins trajo esta mañana

—¡Hum! Sólo contiene una cita para lo que se llama «servir de modelo» —. El inspector extrajo de su car-tera de mano un sobre arrugado —. La señorita Crim-mins la dejó caer al suelo cuando descubrió el crimen… y la carta ha sido pisoteada por diversas personas que entraron en la habitación cuando gritó… ¡Léala!

El investigador privado sacó la carta del sobre con unas pinzas de bolsillo. Era una nota escrita a mano por Colín Murphy, el artista del blanco y negro.

—¡El señor «Momentos-Con-Murphy»! — murmuró Wise.

Colín Murphy era uno de esos peones del juego de la prensa; reproducía a las muchachas guapas con un atractivo picante que hacía que las viejas solteronas frunciesen el ceño desaprobatoriamente… y compren-diesen por qué se habían quedado solteras. La nota in-dicaba a la señorita Karoli que Murphy la visitaría el sábado por la tarde para ponerse de acuerdo sobre la preparación de futuras producciones. Confiaba en que podría utilizar sus servicios, como de costumbre. Mur-phy residía en Harrow.

—Haremos las debidas comprobaciones, es claro — dijo Wise —. ¡Y ésta es la única carta que hemos hallado! La señorita Karoli parece haber quemado toda su correspondencia. Pero hemos encontrado un libro de dibujos. Mírelo… si le parece conveniente.

—Sí. Me agradará hacerlo.

Quin recogió el libro que se le indicaba. Y lo hizo con verdadero interés, no sólo porque los dibujos po-drían ofrecerle una impresión acerca de la mentalidad de la muchacha, sino porque, además, tenía costumbre de no desestimar nada.

El libro le pareció interesante, pero no impresionan-te. Varias páginas de dibujos al carbón, en rojo y ver-de… Rostros crudos, dibujos y pasajes en miniatura. Pero la mayor parte del libro estaba llena de acuarelas de aficionado, principalmente estudios de figuras. Todas eran defectuosas en cuanto se refería, a dibujo, pero deliciosas por su color. ¡Y todas ellas, según observó Quin, eran desnudos de mujer!

Abandonó el libro de dibujos y cogió un álbum de fotografías. El libro reflejaba el trabajo de Magda como modelo y, por primera vez, Quin logró saber cómo era físicamente. Los estudios fotográficos eran brillantes; y como modelo fotográfico, Magda Karoli era también brillante. Para ella, el arte debía de significar algo muy importante. Y sus dotes como modelo compensaban de modo sobrado su deficiencia como productora de di-bujos.

—Debió de ser un hombre muy malvado el que mu-tiló así la belleza de esa joven — murmuró Vise —. ¡Qué crueldad necesitó para marcarla a fuego como lo hizo! Sin duda lo hizo como aviso para otras mujeres. Nadie que no fuese un loco podría haber cometido un acto tan repugnante… ¡si no lo hacía como adverten-cia! ¡Malditos villanos!

Al hablar de villanos, Wise no procedía de modo altisonante. «Villanos» es

el modo de que la policía de-signa a los malvados.

—¿Quiere usted decir que ese acto fué obra de una cuadrilla? ¡Ciertamente, ese crimen tiene todo el as-pecto de haber sido cometido por una cuadrilla. ¡De modo que ¡vaya en persecución de los villanos! — dijo Quin —. Y en tanto que lo hace, no olvide la otra po-sibilidad.

—¿Eh? ¡Diablos! ¿Cuál es la otra posibilidad? — preguntó Wise.

—La posibilidad de que se intentase forzar a usted a creer que sea obra de una cuadrilla, a verlo como fruto de la labor de una cuadrilla; la posibilidad de que la marca fuese hecha con intención de desorientar-le. La posibilidad, Wise, de que la «marca registrada» sea una falsificación. Por esa razón, cuando persiga al asesino, recuerde el anun…

—¿Qué anun…? — gritó frenéticamente Wise al mismo tiempo que se pasaba por el cabello una mano que semejaba un jamón.

Quin sonrió de manera burlona.

—El anuncio que dice: «Rechazad las imitaciones» — contestó, al mismo tiempo que abría la puerta —. Piénselo con detenimiento. ¡Adiós!

Los tres hombres del Yard oyeron el ruido de sus rápidos pasos al descender la escalera.

CAPÍTULO V

Cuando hubo llegado al hospital. Quin fué conducido en el acto al depósito en que reposaban los restos de Magda Karoli después de la autopsia hecha por el pro-fesor Fellowes.

El guía del investigador fué un cirujano joven. En la habitación se hallaba un empleado cubierto de una bata blanca. El cirujano descorrió de modo carente de emociones la sábana que cubría el cadáver y hasta Quin se asombró al ver la habilidad con que Fellowes había logrado borrar la expresión de horror del rostro muerto que la señorita Crimmins había descrito tan vívida-mente.

La mirada de Quin se dirigió a la garganta de la muerta. Debajo de ella; la carne estaba marcada con cinco feas señales. Eran cinco círculos que, a su vez, formaban el defectuoso perímetro de un círculo más grande. Cinco quemaduras producidas con la punta encendida de un cigarrillo y que componían un anillo de unos dos centímetros de diámetro.

El total de heridas se completaba con el golpe de la cabeza, prueba evidente de la frialdad del asesino. La joven hermosa a quien Marcus Evans había descrito con encendidas frases se había convertido en «aquello», que ya no era tema para el cincel, los pinceles o la cá-mara de un artista, sino para el escalpelo del cirujano.

Quin continuó la inspección del cuerpo hasta llegar a las pintadas uñas de los pies. Tenía costumbre de proceder de aquel modo. Pero terminó la inspección del cuerpo de la muchacha muerta sin hacer comentarios.

—La policía no parece tener esperanzas de detener al asesino — dijo el cirujano —. Ni abriga optimismos respecto a esa cuadrilla de asesinos porque, según ten-go entendido, los mismos motivos podrían aplicarse a los muchos miembros que la componen. Y siempre hay la posibilidad de que alguien presente pruebas de descargo falsas.

Quin dirigió al cirujano una mirada incomprome-tedora.

Se hallaban ya en el encerado pasillo. Quin se volvió hasta quedar de frente al médico.

—Le agradezco mucho las facilidades que me ha prestado… ¡Oh! ¿Ha sido hallado algún pariente de la muerta? ¿No ha reclamado nadie el cadáver para, en-cargarse del entierro?

—No. Creo que la muerta no tiene ningún pariente en esta nación. Pero creo que tiene algunos parientes lejanos en Hungría, su tierra natal.

—¿Y cuándo se celebrará el entierro?

—¡No habrá funeral de ninguna clase! ¡No habrá entierro! Alguien que vive en la misma casa en que vivía la señorita… ¡hum!… la señorita Karoli ha di-cho que ésta tenía preferencia por la cremación… por-que tenía un horror enfermizo a ser enterrada viva…

Quin frunció el entrecejo.

—Enfermizo está bien dicho… si lo que se dice es cierto. ¿Sabe usted quién ha, citado esa… preferencia?

—Sí: una tal señorita… ¡hum!… Crimmins. Creo que se llama así.

—Crimmins se llama, en efecto… Bien; debo mar-charme. Lamento haberle hecho perder tanto tiempo… ¡Adiós!

Cuando regresaba a Dover Street, Quin se hallaba ligeramente preocupado. Pero tan pronto como se en-contró en su casa, desechó las preocupaciones junta-mente con las ropas que llevaba puestas y se vistió un traje de etiqueta. Puesto que Piccadilly se hallaba tan cerca de la calle de Dover, creyó que no valía la pena de llevar el automóvil. Quin había dado solamente unos pasos desde la salida, cuando una sombra cayó sobre el pavimento y una figura informe con abrigo y un som-brero blando e inclinado sobre los ojos se cruzó en su camino.

La lámpara callejera que producía la sombra ilumi-naba también el rostro de Quin. Y el investigador reci-bió la fugaz impresión de que era inspeccionado por unos ojos invisibles.

Si tal impresión era justificada, el escrutinio no po-día ser tranquilizador, pues el hombre del gabán y del sombrero se volvió instantáneamente y cruzó la calle. El investigador se encogió de hombros, sonrió y conti-nuó su camino. Había en este mundo demasiadas perso-nas que no deseaban ser reconocidas por Quin para que Quin concediese importancia a aquel hecho y permitiera que obstaculizara el cumplimiento de un deber de so-ciedad.

Al llegar a la esquina de Dover Street, Quin recibió otra inspección. En aquella ocasión el examen provino de una figura delicada de mujer. Pero no fué más tran-quilizadora que la primera. La mujer desapareció tan pronto como hubo reconocido las facciones del rostro de Quin. Quin rió.

Al llegar al restaurante, Quin olvidó los dos inci-dentes cuando abandonó el gabán y el sombrero en la ventanilla del guardarropa. Marcus y Carol habían lle-gado unos momentos antes. No se pronunciaron pala-bras; pero Quin comprendió el mensaje que le trans-mitía la mirada de su esposa. ¡La tercera inspección de que se le hacía objeto aquella noche!

El buen humor y los encantos físicos de Carol eran más encandiladores que los de las sirenas de las fábu-las. Cuando su vibrante personalidad fluía hacia él a través de la brillante mesa, Quin recordó, de modo ex-traño la escena del depósito de cadáveres. Y el pensa-miento de que aquella mujer pudiera estar en peligro de sufrir una suerte similar provocó en su sangre un frío estremecimiento de horror.

***

—Y ¿qué? — le preguntó Carol de modo invitador.

—Buena función — dijo Quin con un tono que lo mismo podría ser de afirmación que de interrogación.

—¡No es mala! — dijo Marcus, que la interpretó como pregunta —. Masters nos vió en el teatro y nos preguntó dónde estabas. Vendrá más tarde; pero antes llegarán los componentes de su compañía. Los verá sentados a diversas mesas. Parece ser que quiere pre-sentarte a algunos.

—¡Espero que dejará ese tormento para después de la cena! — comentó Quin —. ¿Dónde está la comida, querida?

—¡Eh! — le interrumpió Marcus — ¡No olvides que estoy aquí! Con el fin de evitar que Carol haya de ofrecerte una respuesta sentimental, te diré que la cena está encargada y que debe de hallarse ya en ca-mino. Entretanto…

—Entretanto, ¡nada! Ya viene la cena.

Un camarero se había acercado de modo silencioso a su mesa. Al cabo de medio minuto, los tres clientes dis-frutaban las delicias de la cocina del «Verona».

—Peter Masters parece haber… — comenzaba a de-cir el periodista cuando por entre las puertas del esta-blecimiento pasaron dos personas a las que Quin miró distraída e indiferentemente en los primeros momentos, y después con una mirada de concentrado e intenso interés.

El hombre que llegaba era Peter Masters, el director teatral. Pero a la mujer que lo acompañaba fué a quien Quin miró con preferencia. Y de manera tan atenta y fija, que, después de una mirada de sorpresa, Carol se volvió discretamente hacia el objeto del interés de su esposo.

—¡Qué fenómeno! — susurró instantáneamente Ca-rol con el giro de los bajos fondos populares —. Pero tú no sabes quién es, Noel… o si lo hubieras sabido, ha-brías ido esta noche al teatro. — Y vaciló un mo-mento. — Pero… ¿qué sucede, Marcus? — preguntó a continuación.

El periodista había dirigido una rápida mirada al investigador. Las facciones de Quin estaban extraña-mente tensas; pero logró sonreír sin hacer caso del reportero.

—¿Por qué me habría forzado a ir al teatro la iden-tidad de tu «fenómeno», Carol? — preguntó.

—Pues… — tartamudeó ella con inquietud. Y des-pués, rió de modo forzado —. Esa desconocida mujer pasmosa que te ha hecho mirarla como podría hacerlo un patán, es la primera actriz. La nueva estrella: Pa-tricia Lawrence.

Carol se volvió hacia el periodista.

—Y acaso tengas la bondad de decirme, Marcus… de qué Noel conoce a la señorita Lawrence. Y lo que es — añadió —, por qué me has tenido ignorante del hecho más importante, *por qué no has intentado ponerle en guardia para que no lo demostrase con sus actos.*

***

El ataque desconcertó a Marcus.

Pero Quin, después de haber enrojecido un mo-mento, recobró el dominio de sí.

—Carol — dijo —, no deposites confianza en los pe-riodistas… ni en tu intuición de mujer. Como has su-puesto, tengo una idea de haber visto a la señorita Lawrence antes de ahora… y creo que sé por qué Mar-cus ha estado inquieto por ello. Hablaremos de la cues-tión cuando regresemos a nuestra casa. Entretanto…, antes de las meditaciones, ¡a la fiesta!

Carol abandonó aquel tema de conversación. Y cuan-do la cena hubo concluido, no hubo ocasión de resuci-tarlo, pues Peter Masters se acercaba a su mesa… nue-vamente acompañado por la alta y esbelta Patricia Laurence, cuyo

bronceado cabello semejaba un marco delicioso para el verdor de sus ojos.

Quin y Marcus se pusieron en pie, y Carol se volvió en su silla cuando Masters llegó a la mesa. El director era un hombre achaparrado, de escaso cabello y cuya sonrisa burlona ocultaba una aguda mentalidad. Duran-te las presentaciones. Quin vió que las dos mujeres se calibraban mutuamente y que, más tarde, la actriz lo miraba del mismo modo evaluador. Pero ambos fueron presentados como desconocidos.

—Te has preguntado por qué he deseado verte aquí esta noche, Quin — afirmó Masters al mismo tiempo que encendía cuidadosamente un cigarro —. Quería que vieses mi nueva producción, es claro… ¡Qué lástima que te la hayas perdido!… Pero había, además, otra razón que me impelía a hablar contigo aquí, y no en el club. ¡Aparte, naturalmente, de que la conversación «comercial» está prohibido aquí!

—¿Conversación «comercial»? ¿Quieres decir que no podré hablar de asuntos profesionales? ¿De cuáles? ¿De los míos o de los tuyos?

Masters exhaló una fragante nube de humo.

—¡De los tuyos! — respondió.

—Comprendo. — El investigador no concedió a la se-ñorita Lawrence más atención de la que le era debi-da —. ¡Mi «comercio»! ¿Puedo preguntarte de cuál de sus departamentos?

Por primera vez desde las presentaciones, Patricia Lawrence habló.

—¡Del departamento de crímenes! —dijo con calma.

***

En el ambiente cálido del restaurante, aquellas pa-labras de la actriz, pronunciadas con voz clara y tran-quila, fueron como un carámbano de hielo afilado. Pero Masters pudo destruir este efecto.

—¡La señorita Lawrence se anticipa a los aconteci-mientos! — dijo —. Acaso debería haber dicho: asesi-nato en perspectiva.

—Asesinato… ¿de quién? — preguntó Quin llana-mente —. Si usted conoce la identidad del presunto asesino y la de su presunta víctima, le sugiero que in-vite a Scotland Yard, no a mí, a su… producción.

Hubo en su voz un acento que hizo que la actriz en-rojeciese y Masters arrugase el ceño.

—Quizá sea conveniente que la señorita Lawrence nos ofrezca una explicación — sugirió el director —. Porque… ella es la presunta víctima.

Fué imposible que Quin dejase de prestar a la es-trella de la escena la debida atención. Y entonces pudo apreciar que su belleza era tan grande como el talento que se le atribuía.

—Señor Quin — dijo ella con voz armoniosa y cla-ra —: tengo razones para creer que he sido designada para ser asesinada… ¡y muy pronto! Le agradecería mucho que me aconsejase. El señor Masters me sugirió que usted… podría cuidarse de…

—Le he dicho que eres el especialista de ese depar-tamento, Quin — confirmó Masters.

—En eso es en lo que se engaña, señorita — dijo con lentitud el investigador —. Un crimen esperado es cosa de la competencia de la policía. Yo me dedico a estudiar los crímenes que ya han sido realizados —. Unas man-chas de color que se presentaron en sus mejillas indica-ron cuál fué la reacción de la actriz. Supongo que su creencia se basará en hechos. ¿Es así? ¿No se trata de algún vago temor procedente de una dirección des-conocida?

—¡Oye, oye! — dijo Peter Master —. ¡Hazme un favor, Quin! ¡Concierta una

entrevista con la señorita Lawrence para oír su historia! En el teatro, si te parece conveniente, o en su casa, o en la tuya…

—Temo — dijo lentamente Quin con entonación sarcástica — que en cualquier lugar que se celebrase la entrevista, la señorita Lawrence no lograría… intri-garme.

—¡Señor Quin! — exclamó la actriz sin lograr do-minar por completo su indignación —. ¿Le interesaría la cuestión si supiera que los asesinos a quienes temo son los gemelos cingaleses?

Sin hacer caso de la mirada de Carol. Quin se re-costó con calma en el respaldo de la silla y miró a Pa-tricia Lawrence de un modo sutilmente burlón.

—La entrevista — dijo — no se celebrará en su casa ni en la mía. ¡La veré en el teatro mañana por la mañana! ¿Irá usted para acudir a algún ensayo?

—A las diez… ¡Sí! Hemos de pulir un poco una o dos escenas…

—¡Bien! En ese caso, no tendrá importancia que llegue un poco tarde — dijo Quin —. ¡Muchas gracias!

La actriz se había levantado. El director, intrigado y desconcertado, se puso en pie también y salió tras la estrella teatral.

—Noel: ¿qué te ha sucedido? — preguntó Carol —. Estoy segura de que conocías a Patricia Lawrence desde antes de ahora… Pero, ¿por qué la has tratado de ese modo? No puedo decir sin faltar a la verdad que me importe mucho esa mujer; pero…

—Pero ya es hora de que volvamos a casa — la in-terrumpió Quin —. Muchas gracias por tus atenciones para Carol, Marcus…

Y salió en compañía de su esposa.

Marcus hubo de encargarse, también, de pagar la factura del restaurante.

***

Luiz de Silva recogió el teléfono con su gruesa mano y se llevó el auricular a un oído.

—Hablas desde… ¿desde dónde? — preguntó sor-prendidamente después de haber escuchado por espacio de varios segundos —. ¡Ah, sí, lo comprendo! ¡Muy bien, Monti! ¡Sí! Esa actriz y… ¡diablos! ¿Era Quin? ¿Estás seguro?

Detrás de Luiz, sentado en un ancho butacón, Darro continuaba recortándose las uñas.

Luiz comenzó a hablar telefónicamente con gran ra-pidez. Con tanta rapidez como abandonó con violencia el teléfono cuando hubo concluido y se volvió hacia Darro.

El hermano silencioso enarcó ligeramente las cejas; mas tampoco dijo nada.

Luiz juró.

—¡Ese bastardo de Quin…! — dijo de modo malé-volo —. Monti lo ha visto hace unos momentos confe-renciando con Patricia Lawrence. Parecían hablar con mucha seriedad, según dice Monti… Quizá…

Bajó la mirada hacia su hermano, quien se limitó a encogerse de hombros de modo que pareció contener una pregunta.

—¡Darro! — continuó con rapidez Luiz —. Voy a salir. Volveré dentro de un minuto. Eso me parece una labor propia de los muchachos. ¿Eh, Darro?

Luiz sonrió de manera malvada, abandonó la punta del cigarrillo y salió.

Darro se limitó a inclinar la cabeza para mirarse las uñas.

CAPÍTULO VI

Como Quin esperaba, las preguntas de Carol comen-zaron a presentarse tan pronto como ambos se hallaron en la calle. Quin pudo aplazar el diálogo hasta que nue-vamente se encontraron en su casa.

Cuando ella le hubo preguntado nuevamente si co-nocía a Patricia Lawrence desde épocas anteriores. Quin respondió con claridad:

—Recuerda que tú eres la única mujer que hay en mi vida. Noel y Carol van juntos, y juntos irán siem-pre. Cesa de preocuparte. Y para lograrlo, te diré que hubo un tiempo en que un Noel pudo huir con dificul-tades de una tal Pam Lowry…

—¿Pam…? — preguntó Carol al mismo tiempo que lo miraba atentamente.

—Pam Lowry es el verdadero nombre de Patricia Lawrence — explicó él —. Era la novia frívola de un estudiante en los días en que dicho Noel era un aplica-do estudiante de ciencias de la misma universidad. Afortunadamente, Marcus Evans lo era también…

—¿Y…?

Quin sonrió.

—De ese modo hizo Marcus sus primeras prácticas como aprendiz de tenorio. ¡Y me salvó con ello de un compromiso!

—Quieres decir que Pam… Patricia… flirteaba con-tigo y…

—¡Eso es! Y que Pam llegó a ciertos extremos para apoderarse del hombre que la interesaba. Y que me ha-bría puesto en un aprieto porque frecuentaba con ex-ceso mis habitaciones… Marcus la detuvo… y la entre-tuvo hasta que la muchacha nos dejó a ambos en paz… Y estas cosas sucedieron hace muchos años, querida…

—En ese caso. Marcus sabía quién era Patricia Law-rence… y no quiso que yo me enterase de que os cono-cisteis antiguamente…

—¡Exactamente! Marcus no comprende que tú y yo no tenemos nada que ocultarnos mutuamente.

—En ese caso, creo que no se ha interpuesto nada entre nosotros… Pero… Pero… ¿qué te sucede, que-rido?

—¡Dios mío! — exclamó Quin —. ¿Por qué no lo com-prendí antes de hora? La historia se repite… y estaba tan preocupado por la perspectiva de volver a encon-trarme a solas con Patricia Lawrence, que no comprendí que la historia se repite también de otro modo…

—Pero…

—¿No lo comprendes? — La voz de Quin era un su-surro intenso —. Una mujer citó a Marcus para hacerle revelaciones sobre los gemelos cingaleses. ¡Y esa mujer está ahora en el depósito de cadáveres! Y después, otra mujer me cita para decirme algo acerca de los gemelos cingaleses… La historia se repite hasta aquí… pero esta vez habrá una circunstancia diferente… po-drá haberla, quizá… ¡Es posible que Patricia Lawrence se encuentre en el depósito de cadáveres *antes* de que tenga ocasión de hablar!

***

Se produjo un largo silencio durante el cual el ros-tro de Carol reflejó el paso de cambiantes emociones. Luego:

—¿Qué vas a hacer? — preguntó ella.

—Telefonearle. No quiero reanudar nuestra amis-tad, pero no quiero abandonarla a su… destino. No puedo permitir que por sus pasiones de

adolescente la mujer crecida sea abandonada en un riesgo fatal. Le advertiré que esta noche no admita a desconocidos en su casa. Me ofreceré a verla mañana temprano para que me diga lo que me ha anunciado.

Y salió de la estancia para ir a la inmediata. Carol le oyó marear un número en el teléfono. Una nueva pausa, el nuevo marcar de un número... Y esto se repitió varias veces.

Cuando regresó al gabinete, Quin tenía el rostro tenso.

—¡Acuéstate, Carol!

—¿No pudiste...?

—No pude obtener comunicación. Aquel teléfono contesta con la señal anunciadora de que «está comu-nicando». ¿Han dejado ella o alguna sirviente descol-gado el auricular... o hay algún personaje más sinies-tro entre los que allí se hallan presentes?

El rostro de Carol se ensombreció.

—¿Vas a ir allí?

—Quiero adquirir seguridad...

Carol se estremeció.

—Bien... Vete, Noel. Yo... no me acostaré... Espe-raré hasta que vuelvas.

El espectro de una sonrisa iluminó su rostro.

—Haz lo que gustes... Pero estarás más cómoda si te acuestas.

Y sin cuidarse de ponerse un abrigo ni un som-brero, Quin salió.

En la silenciosa calle de Craven Court no había sig-nos de vida. Quin cerró el automóvil. Luego, subió con paso ligero las escaleras que llevaban al ensombrecido pórtico. En las profundidades de la casa sonó una sua-ve música, producto de un aparato que substituía al acostumbrado timbre eléctrico.

Siguió un minuto de silencio antes de que Quin di-rigiese nuevamente el dedo hacia el botón. Lo tenía ya a la distancia de un par de centímetros, cuando los cristales altos de la puerta se iluminaron con la luz anaranjada del recibidor.

Quin no se sorprendió cuando la puerta fué abierta una joven vestida con una bata de lana.

—¡Lamento mucho molestarla! — dijo Quin ins-tantáneamente —. Pero necesito hablar con la señorita Lawrence y no he logrado obtener comunicación tele-fónica.

Y entregó a la joven su tarjeta profesional.

—El señó Quuuin... Pero mi señorita etá dormía...

—¡Haga el favor de entregarlo mi tarjeta!

—Si insiste, soñó... Bien; tenga la bondá de entrá.

Aquel era el recibimiento fácil y libre que Quin es-peraba hallar. Contra aquello era contra lo que deseaba poner en guardia a la actriz.

Desde donde se hallaba, podía oír las pisadas de la sirviente a lo largo del descansillo superior.

Se produjo un silencio que duró un minuto. El ros-tro de Quin perdió la expresión de severidad. Parecía ser que allí no había nada anormal.

De nuevo sonó un ruido de pisadas. La doncella se presentó y se aproximó a Quin.

—La señorita... Lawrence... ¡Se sorprendió mucho, señó! Pero bajará dentro de un minuto. ¿Quiere en-trá, señó?

Y señaló una puerta que se hallaba a la izquierda del vestíbulo. Y se disponía a abrirla... cuando resultó in-necesario hacerlo. ¡La puerta se abrió!

¡Y se abrió muy rápidamente! El grito de sorpresa que ascendió hasta la garganta de la doncella fué inte-rrumpido bruscamente... cuando la joven retrocedió tambaleándose por efecto del empujón de un volumi-noso cuerpo de hombre que surgió de la obscuridad de la estancia.

Con la velocidad sorprendente de un elefante sil-vestre, el hombre se lanzó contra la puerta de salida a la calle. Y habría logrado llegar hasta ella si el inves-tigador no hubiera hecho un ligero movimiento.

En lugar de dirigirse a tal puerta, la embestida del elefante se estrelló contra la pared inmediata. Aquella catapulta humana cayó al suelo y se hundió en el si-lenció. No habían sido necesarios muchos esfuerzos para convertir aquella carrera en una caída. El pie de Quin se interpuso en el camino de uno de los del ele-fante humano. Y el investigador sacó las manos de los bolsillos y se adelantó un paso para esperar el reco-bramiento de la conciencia por parte de aquella inespe-rada víctima.

***

La experta mirada de Quin le dijo que aquel hom-bre era un malhechor de tipo vulgar. No iba tan llama-tivamente vestido como la mayoría de sus congéneres, y era muy grandote. Grandote bajo todos sus aspec-tos: alto y ancho.

—¿Es amigo de la casa? — preguntó Quin.

La estupefacta sirvienta no tuvo necesidad de res-ponder. Desde lo alto de la escalera, provino una voz dulce y bien modulada. La de la nueva estrella de la escena.

—Le ruego que acepte mis excusas por haberlo he-cho esperar, señor Quin — dijo Patricia Lawrence.

Su aparición fué tan impresionante y estuvo tan ensayada como su entrada en el escenario.

—No tengo nada que perdonar — respondió Quin cuando ella llegaba al pie de las escaleras —. Por el con-trario, es usted quien ha de *perdonarme*.

Y con flexible fortaleza se inclinó para levantar al asombrado granuja y ponerlo sobre los vacilantes pies.

—¿Es algún admirador suyo, señorita Lawrence? — preguntó de un modo cortés.

La actriz se inmovilizó durante un momento.

—No… Ciertamente, ¡no! — dijo desdeñosamente al mismo tiempo que se aproximaba.

—¡Huuum! Había supuesto que este granuja sería un ladronzuelo vulgar, un violentador de ventanas… ¡pero no de puertas! — Quin continuaba sosteniendo al desconocido por el cuello de la chaqueta —. Tú no pareces coleccionista de autógrafos… De modo que di-nos las razones de tu presencia en la residencia particu-lar de la señorita Lawrence.

—¡Basta ya de chanzas! — respondió el prisionero, mientras hacía un inútil intento por libertarse.

—En tal caso, ¿viniste a ofrecer a la señorita Law-rence automóviles importados, perfumes extranjeros o medias de nylon a precios de ganga? ¿No? En realidad, señorita Lawrence, sospecho que las razones de la pre-sencia de este hombre en su casa son las mismas que produjeron el efecto de privarme del placer de asistir a la presentación de usted en el teatro… y me lleva-ron, en su lugar, al depósito de cadáveres.

Quin no pudo ver la palidez que se extendió por el rostro de la actriz, puesto que se hallaba ocupado en anular un nuevo intento de liberación que efectuaba su prisionero. Pero un momento más tarde, lo dejaba en libertad y retrocedía un paso.

Con un grito de triunfo, el alto granuja retrocedió también un paso… y se llevó velozmente la mano a uno de los bolsillos. Cuando la sacó de él, tenía asido un objeto singular… ¡Media patata!

A pesar de esto. Quin sonrió burlonamente: pero su sonrisa era

amenazadora. En aquel tubérculo de aspec-to aparentemente inofensivo estaba encerrada, con toda seguridad una cosa que lo convertía en una de las ar-mas predilectas de los cultivadores del vicio y el mer-cado negro, ¡una hoja de afeitar de un solo filo!

¡Aquel portador del arma espantosa no sabía que Quin no era vegetariano!

¡Al contrario! La zarpada del investigador tuvo la mortífera velocidad que es propia de los antropófagos de los bosques. Después del ruido del golpe, las dos mujeres oyeron un súbito quebrantamiento de un hue-so… y un grito de angustia.

El investigador se separó de su víctima, disparó un puntapié a la letal patata y dijo a la sirviente:

—Si tuviera usted un palo, podría entablillar el ra-dio roto de este hombro antes de entregarlo al Yard.

El granuja sollozaba doloridamente y se pasaba una mano por el quebrantado brazo. La actriz estaba com-pletamente tranquila. Al cabo de pocos momentos, un granuja de rostro lívido se hallaba sentado en una silla del vestíbulo, con el brazo derecho entablillado y ambas piernas atadas a la silla.

—Ahora — sugirió Patricia Lawrence — quizá pue-da saber qué lo ha traído aquí tan tarde… y explicarle por qué deseaba hablar con usted.

—¡Es una gran idea! — reconoció Quin —. Dije que no importaría que llegase un poco tardé… Lisette — añadió dirigiéndose a la doncella —: Guarde esa pa-tata para entregarla a la policía y siéntese junto a este granuja con el atizador de la chimenea en la mano en tanto que hablo con su señora. Y si nuestro invitado hiciera algún movimiento, un golpe descortés en la cabeza y un grito para llamarme lo desanimarán a ha-cer más intentos de fuga. ¿Comprende?

—¡Ah!… ¡Sí!

Lisette sonrió. Dejándola vigilando al desdeñoso y lloriqueante intruso, Quin siguió a Patricia hasta la habitación de la que el prisionero había brotado.

Encendiendo las luces y la estufa eléctrica, la actriz señaló una silla, que Quin aceptó. Patricia cerró la puerta y se volvió de frente a él.

—¿Quiero tomar una copita? — ofreció con agrado.

CAPÍTULO VII

—No, gracias.

Después de la renuncia, ambos permanecieron si-lenciosos durante mucho tiempo. Quin recordó tiem-pos ya lejanos. Pero hizo un esfuerzo y logró volver al momento presente.

—Nos conocimos hace mucho tiempo — dijo ella al ver que él nada decía.

—Unas tres horas, sobre poco más o menos — res-pondió él.

Era estúpido que unas pasiones juveniles afectasen las relaciones profesionales entre dos adultos. Pero así sucedía.

Ella hizo un gesto de irritación.

—No es eso lo que quiero decir. Quiero decir: co-nocernos *realmente*.

—Sí. Hemos recorrido un camino muy largo desde entonces…

—Y el que yo he recorrido lo debo principalmente a ti.

—¿A mí? — Quin se sorprendió —. ¿De qué modo?

—Cuando te vi por última vez, hace todos esos años, me dije que llegaría un día en que habrías de tener noticia de mi existencia, en que podría demostrarte que había en mí algo más que lo que apreciaste en aquella muchacha alocada que conociste…

—¡Por favor…!

—Muy bien. Reservaré el tono dramático para el es-cenario. Fué el anhelo de convertirme en algo impor-tante lo que me sostuvo mientras recorría el árido ca-mino de las compañías de tercer orden, lo que me mantuvo en el sendero recto y estrecho de modo que, un día, me fuera posible mostrarte…

—Es muy halagador — dijo él con impaciencia —; pero…

—Lo cierto es que jamás relacionaste a Patricia Lawrence con la joven Pam Lowry hasta que nos en-contramos esta noche, ¿verdad?

—¿Como podría haberlo hecho? No frecuento mu-cho los teatros. Y aun cuando hubiera visto tu retrato en algún periódico, difícilmente habría reconocido en él a aquella alegre muchacha de dieciocho años.

Ella sonrió.

—Y Marcus Evans, ¿es todavía tu mejor compa-ñero?

—Tan bueno, que intentó impedir que volviese a encontrarte de nuevo — Quin se movió con inquietud en su asiento —. Pero hablemos de cosas más impor-tantes. Anoche, una joven facilitó a Marcus Evans al-gunas informaciones acerca de los gemelos cingaleses. Anoche mismo, la joven murió asesinada. Esta noche, vi una coincidencia en tu oferta de información sobre los gemelos… y vine para impedir que la coincidencia llegase más lejos. No pude obtener respuesta por te-léfono.

Ella se levantó y se aproximó a él.

—¡Si supieras lo que es una noche de presentación para los principales actores de una compañía!… En-tonces sabrías por qué no obtuviste respuesta. Si no hubiera abandonado el teléfono, no habría podido acos-tarme en toda la noche.

—¡Huuum! En ese caso… puesto que estoy aquí… podrías facilitarme las informaciones ofrecidas. Y po-drías, también, explicarme de qué modo llegaron a tu conocimiento.

Ella arrugó el entrecejo.

—El modo de que llegaron a mi conocimiento es cosa que no puedo… o no quiero… explicar. Pero en cuanto a la información… — Y cruzó la estancia y vol-vió a instalarse en el sillón —. La información es que los gemelos cingaleses no son quienes verdaderamente dirigen su… organización. Son una especie de

«hom-bres de paja» destinados a detener los posibles golpes de la policía mientras el verdadero director se halla bajo cubierta y se prepara para substituirlos en el caso de que vayan a parar a la cárcel. El verdadero direc-tor es…

—¡Una mujer!

Patricia Lawrence volvió a ponerse en pie sorpren-didamente, quizá hasta decepcionadamente.

—Una mujer, sí: una mujer llamada…

—¡Sato Yamasaya!

La sorpresa de la actriz fué menos intensa aquella vez.

—¿Cómo… cómo lo has descubierto? — preguntó con seriedad.

Con las manos en los bolsillos de la chaqueta, Quin se levantó.

—Esa información — dijo con lentitud — fué facili-tada a Marcus Evans por la joven que anoche murió asesinada. ¿Cómo conociste los hechos… si es que ver-daderamente son hechos?

—El modo de que los conocí… es cosa mía y que no importa a nadie más.

—Y Sato Yamasaya, ¿sabe que tú conoces su se-creto? ¿Qué interés te guía al descubrir a esa vergon-zosa directora?

—Eso… — respondió olla — también es cosa mía.

—¿Recibiste ofertas de alguien para que pertene-cieras a otras organizaciones que no sean las teatra-les… tales como la de los gemelos cingaleses?

Los verdes ojos de la mujer se iluminaron con una repentina admiración.

—¡Siempre el mismo Quin, el inteligente Quin!… — comentó —. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque — dijo él llanamente — una oferta de tal naturaleza podría explicar las causas de tu conocimien-to… y del conocimiento de Magda Karoli… sobre la organización de los gemelos cingaleses.

***

La primera reacción de la actriz se tradujo en una dura risa.

—Y ¿soy la clase de persona adecuada para recibir una oferta de esa naturaleza?

—Ahora, no — reconoció Quin —. Pero tú comen-zaste a triunfar cuando acabó la guerra. En los días de escasez de la guerra, cuando apenas funcionaban los teatros, pudiste parecer un buen candidato…

—Pero si la oferta me hubiese sido hecha durante los días de guerra, ¿por qué habría de haber esperado hasta ahora para ofrecerte esta información?

—En primer lugar — dijo Quin — porque ese Al Capone femenino puede haber arribado al poder re-cientemente o porque tú te hayas enterado reciente-mente de su presencia en ese alto puesto. En segundo lugar, porque hace muy poco tiempo que te has hecho «grande», lo suficiente «grande» para que puedas deci-dirte a enfrentarte con enemigos poderosos. Pero la razón más probable es una que me produce un poco de vanidad…

—¿Qué… qué quieres decir…? — preguntó con in-quietud Patricia.

—Que — respondió él fríamente — detrás de tu de-cisión hay algo más importante que ese instinto de jus-ticia que guía a los ciudadanos respetuosos de las leyes. Hay también, el instinto de conservación y quizá el instinto de venganza. Y existe también junto a ellos otro instinto más primitivo… que te obliga a consultar con un investigador con quien no habrías consultado pocos años antes.

Ella retrocedió coléricamente.

—¡Eres… eres insufrible! — dijo con voz que pa-reció un silbido.

—¿Por qué? ¿Porque sé que te alegras de poseer una excusa para exponerme tus triunfos… y para ex-ponerte ante mí y despertar mi atención?

—Esa — dijo ella con frialdad — es una suposición propia de una inteligencia vulgar y estúpida…

—¿No dijiste que reservarías tus efectos teatrales para el escenario? Has reconocido que tu anhelo domi-nante era impresionarme. ¿Por qué no lograrlo ahora… con la necesidad de eliminar a ese enemigo?

—¿Estás dispuesto a anular… ese peligro? — pre-guntó ella —. Si no lo estás por completo, no te ofre-ceré más informaciones. Y no lo haré, porque mis in-formes son estrictamente personales… y no nos une la intimidad suficiente para que te haga confidencias per-sonales.

¡La historia se repetía! La Patricia Lawrence de aquel momento era la misma Pam Lowry de los tiem-pos pasados. Su encanto era el mismo. Era igual su zalamería. ¡Siempre igualmente seductora y mimosa!

Noel Quin rechazó a la mujer que se le aproximaba. Y lo hizo de modo repentino y violento al mismo tiem-po que se levantaba para dirigirse a la puerta y abrirla con rapidez.

Y lo hizo a tiempo de ver la figura de mujer que se retiraba por la puerta de entrada a la casa.

—¡Carol! — gritó Quin.

***

Cuando se volvió para quedar frente a él. Carol ha-bía recobrado el dominio de sí. Pero la brillante son-risa que Quin vió semejó el saludo que se hace a una persona extraña. Luego, la mirada de Carol se desvió para posarse en la mujer que seguía a su esposo.

—Perdóneme esta inesperada llegada… y esta re-tirada…, señorita Lawrence — dijo Carol —. Llamé; pero, evidentemente, estaban ustedes demasiado atarea-dos para que pudieran oírme.

—¡Usted es… la señora… Quin! — dijo lentamente Patricia.

—¡Sí! Nos conocemos de antes… pero sólo desde hace unos momentos… es claro.

Quin intervino para evitar el duelo que se anun-ciaba.

—La señorita Lawrence, como ves, Carol, está com-pletamente salva… aunque acaso no lo hubiera estado si yo no hubiera llegado a tiempo…

E Indicó al prisionero, que estaba sentado hosca-mente en la silla, todavía vigilado por la fiel Lisette.

—¡Oh! En ese caso… debes de haber obtenido una buena acogida, Noel.

—Señorita Lawrence — dijo de manera seca Quin —, esperaré cinco minutos, hasta que usted y su doncella hayan comprobado que no hay ningún granuja más en la casa y hayan avisado a la policía para que venga a hacerse cargo de ese hombre. Pueden hacer la denuncia correspondiente y citarme como testigo. Pida a la poli-cía que vigile la casa… o quédese en un hotel hasta que crea hallarse libre de peligros. Sí decidiese ofrecer-me la fuente de su información, llámeme por teléfono.

La casa había sido registrada sin resultado y la policía se hallaba ya en camino para hacerse cargo del granuja cuando Quin se retiró. Carol había despedido su coche de alquiler y se dirigió adonde se hallaba el «Jaguar».

Durante el corto recorrido de regreso a Dover Street, nada hablaron Quin ni la mujer que iba a su lado.

—¿Qué tienes que decirme? — preguntó Quin cuan-do de nuevo se halló en su casa.

—Que la historia se repite — dijo Carol, que había palidecido.

—¿Tienes dudas de mí? ¿Crees que tienes motivos para ello? — preguntó él al mismo tiempo que enro-jecía.

—Supongo… que no — reconoció ella sin levantar la mirada.

—¡Supones… que no!

Quin se disponía a decir algo más molesto que aque-llas palabras; mas al ver el rostro de su esposa se con-tuvo. Y se dejó caer al lado de ella y le pasó el brazo sobre los hombros.

—¡Carol! — dijo —. No somos como es muchísima gente… ¡No seamos estúpidos! Aquella mujer está to-davía un poco loca… pero cuando tú entraste comenzaba a recobrar el buen sentido… ¿Lo crees? — preguntó sonriendo.

Ella inclinó la cabeza de modo afirmativo.

—¡Oh, qué tonta he sido!… — exclamó —. Me preocupé porque tardabas mucho tiempo… y te seguí para ver si te había sucedido algo… y descubrí que me había atormentado sin motivo, y en aquel momento estabas…

—Bien; no puede negarse que me has rescatado de un gran peligro. ¡Qué oportunamente llegaste! Esa mujer está incurablemente loca…

—¡Loca por ti!

—Entonces, resistámonos a dejarnos contagiar de su locura. ¡Sonríe!

Eran las primeras horas de la mañana cuando, al fin, se retiraron a descansar.

Se levantaron tarde y había llegado la hora de la comida cuando la noticia fué comunicada a Quin.

En el piso entró aguadamente el director teatral Peter Masters.

—¡Gracias a Dios! — exclamó al ver a Quin.

—¿Qué sucede? — preguntó el investigador.

Masters se adelantó un paso y le cogió de la mano.

—¡Algo muy grave! — dijo —. La señorita Law-rence…

—¿Eh? — Quin dirigió una elocuente mirada a Ca-rol, que se hallaba detrás del director —. ¡Explícate!

—¡Ha… ha desaparecido! — estalló Masters —. No ha ido esta mañana al ensayo…, no está en su casa…, la policía no sabe nada de ella… ni hay noticias suyas en los hospitales…

—¡Calma! — le recomendó Quin —. ¿No habrá algu-na explicación razonable…, una amiga enferma… o al-gún asunto urgente…?

—¡No! Esta nota destruye esas posibilidades… — objetó Peter Masters al mismo tiempo que sacaba de un bolsillo una delgada hoja de papel.

—¿Una nota? ¡Oh, gracias!

El investigador tomó con la calma más absoluta el mensaje y leyó:

> «Sé que me hallo en un grave peligro. Si me sucediera algo… accidente, violencia o enfer-medad repentina… o hasta desaparición…, ten-ga la bondad de entrevistarse con Noel Quin, que vive en la calle de Dover, para hacer in-vestigaciones respecto a los gemelos cinga-leses.
>
> »Después de hallar anoche en mi casa a aquel hombre, he tenido mucho miedo. Tenga la bondad. Peter — sea como quiera que sea lo que el destino me haya reservado — de hacer todo lo posible por conseguir que Noel Quin emprenda gestiones. No me acobardo con faci-lidad; pero tengo la impresión de que no hay posibilidad de escape para mí. No verá usted esta nota si no en el caso de que mis peores temores se cumplan. Si la ve y me aprecia, ¡no pierda tiempo!
>
> »*Patricia.*»

CAPÍTULO VIII

El Soho que se ve a la luz del día no es el mismo Soho que vive de noche. Sucio, gris, empañado, no con-serva huellas de su nocturno esplendor.

Bajo la luz del día, el «Plectrum Club» estaba muy lejos de parecer espléndido. Era llamativo, pero no alegre. Tranquilo, mas no refinado. Esto era en el ex-terior. Interiormente, era cómodo y tenía tranquilidad. También la tenían los pajarracos nocturnos a quienes los cingaleses, los dos gemelos, dirigían. Los hermanos cingaleses se levantaban tarde. No dormían siempre en el club, puesto que poseían una casa en Mitcham. Pero cuando pasaban la noche en el club disfrutaban de las mayores comodidades… para Luiz y también para Zita. Darro parecía no disponer de tiempo para disfrute de frivolidades. Para lo único que parecía te-ner tiempo era para obtener dinero… y recortarse las uñas.

En tanto que Luiz había permanecido en el club du-rante toda la noche esperando, en vano, informes pro-cedentes de Jacky, Darro había ido a su casa de Mit-cham, donde halló el descanso que le proporcionaba un lecho respetable, instalado en una respetable morada. Luiz y Zita se quedaron en el club para atender algu-nos negocios importantes. Luiz da Silva no pudo per-manecer despierto durante toda la noche, a pesar de que esperaba con impaciencia recibir noticias que le inte-resaban grandemente.

El club disponía de una buena plantilla de servido-res y de una buena cocina. A la mañana siguiente, cuan-do se levantó del lecho y hubo tomado el desayuno, Luiz, que tenía amarillento el rostro y estaba sin afei-tar, no era el hombre ideal para ser visto a la luz del día. Y se hallaba hundido en un sillón y tenía un ci-garro entre los dedos cuando Zita fué a verlo.

—¿No hay noticias todavía, Luiz? — preguntó la mujer al mismo tiempo que se sentaba en una esquina de la mesa.

—¿De Frankee? ¡No! — respondió Luiz

—¡Maldición! — exclamó Zita con entonación dra-mática que estaba destinada a producir a Luiz la im-presión de que ponía un gran interés en el asunto.

—¡Sí! ¡Es una desgracia! — reconoció Luiz. Pero al cabo de un momento, se animó —. ¡No importa Fran-kee! — dijo en tanto que se hundía más en el sillón —. Acaso haya caído en poder de los policías… o de ese condenado Quin. — Luiz exhaló un gruñido que semejó una amenaza de muerte —. Pero ¿de qué les servirá? Frankee no hablará… no se atreverá a hablar… Y tengo noticias para ti, Zita. Bud…

—¿Ha venido ya? — preguntó Zita de modo rápi-do —. ¿Ha… conseguido algo?

Luiz sonrió realmente.

—Ha traído a esa mujer — respondió con lentitud.

—¿A la actriz? ¿Cómo es eso?

—Sí: a la actriz.

Luiz se levantó perezosamente, chupó el cigarro y vació el vaso.

—¿Dónde está ella? — preguntó Zita.

—¿Dónde creerás que está? ¡En la bodega! — Y se-ñaló hacia abajo con un grueso pulgar —. ¿Quieres verla?

—¡Sí!

Zita descendió de la mesa de manera vehemente.

—¿Está tranquila?

—No lo estuvo al principio — respondió Luiz —. Pero Bud le dió una

bebida… Me lo dijo hace un momento.

Zita siguió a Luiz hacia la puerta, cruzó la cocina y bajó las escaleras de piedra que conducían a la bo-dega.

En algunas de las extensas bodegas que se abrían bajo el club, Luiz guardaba su valioso almacén de be-bidas de contrabando. En una de tales bodegas guar-daba en aquellos momentos algo que era muy diferen-te: ¡una mujer!

Cuando Luiz hubo metido una llave en el ojo de la pesada cerradura y después de haber vuelto el pica-porte, Zita oyó algo que le reveló que los efectos de «la bebida» de Bud se habían desvanecido. Ahogado por la gruesa madera de la puerta, y por el espesor de las paredes, llegó hasta ella un algo inconfundible: ¡el grito agudo de una mujer!

***

Noel Quin levantó la vista de la nota que Masters le había dado la mirada y dijo lentamente:

—¡Muy interesante! Esta expresión: «si me apre-cia»… ¿no es una pincelada de humor? Es una versión del: «Si me amas», de Shakespeare. Pero, ¿es humor… o realidad?

El director enrojeció.

—Realidad. Sin embargo, acaso esto sea para ella una nota divertida… Soy uno más en la larga docena de sus adoradores. Pero siempre he tenido la impresión de que Patricia está enamorada de su profesión exclu-sivamente… o de algún hombre a quien no ha citado jamás.

Quin percibió el rápido cambio que experimentó la expresión de Carol.

—¿Has hablado a la policía de esta… desaparición? — preguntó.

—Todavía no. Comprenda…

—Comprendo que si Patricia tenía preparada esa nota para el caso de que sucediese algo imprevisto, su desaparición por cualquier *otra razón* podría causar una alarma innecesaria. ¿Cómo podemos tener seguri-dad de que haya desaparecido por la causa que mencio-na? — Y repasó de nuevo el escrito —. ¡Huuum! ¡La tinta no se ha oxidado aún! Y esto significa que la nota ha sido escrita recientemente.

—¡Sí! Lisette me ha dicho que Patricia permane-ció en el piso bajo durante mucho tiempo después de tu partida anoche… o esta madrugada… y que repen-tinamente se sentó para escribir esa nota. Y dió a la doncella orden de que me la entregase en el caso de que le sucediese algo…

—Y ¿cuándo se vió por última vez a la señorita Lawrence?

—¡Cuando la entregó a la doncella, un momento an-tes de acostarse de nuevo! Cuando Lisette le llevó el té esta mañana, ¡el lecho estaba vacío! Y ¡la casa es-taba desierta… salvo la presencia de la pobre Lisette!

—¿Qué ropas tenía puestas la señorita Lawrence cuando desapareció?

—Lo he pensado… y eso es lo que más me ha preo-cupado… Estaba… debía de estar vestida solamente con el pijama… Todas sus ropas han sido halladas… con excepción del pijama…

El director teatral estaba mirando ansiosamente el rostro tranquilo del investigador. Al fin Quin dijo:

—Opino que esa nota debe ser entregada inmediata-mente a Scotland Yard. Telefonearé al inspector Wise para anunciarle tu visita. Entretanto, voy a comer; y después, iré a ver a la doncella de la señorita Lawren-ce. Te tendré

informado de la marcha de mis gestiones.

Después de que el director se hubo ausentado, y cuando se hallaban tomando la comida, Carol dijo a Noel:

—No pareces estar muy preocupado por la desapa-rición de la señorita Lawrence.

—¿Sería propio de mí el estarlo? — preguntó Quin con aire de inocencia —. ¡No! Sé lo que quieres decir… Estaré dispuesto a interesarme por ella… a interesar-me profesionalmente… cuando haya hablado con su doncella. Mientras tanto, me limito a recordar lo que conozco del carácter de esa señorita. Quiero decir, que antes de disponerme para la batalla necesito poseer pruebas de que haya sido secuestrada contra su vo-luntad.

—Pero, ¿no dijiste a Masters que opinabas que Wise debía ser enterado de lo sucedido para que hiciese ges-tiones?

—Sí, es cierto. Y ¿por qué no? Lo mismo si los ge-melos cingaleses son responsables de su desaparición que si son ajenos por completo a la cuestión, no creo que pueda resultar perjudicial el que sean vigilados por la policía. La nota, seguida de su desaparición, pa-rece proporcionar un terreno conveniente para inves-tigar en los asuntos de los gemelos… Precisamente era eso lo que la policía estaba esperando. Después de todo, no estoy obligado a manifestar a la policía mi opinión de que las apariencias pueden ser engañosas y de que cabe en lo posible que la señorita Lawrence haya si-mulado un secuestro con el fin de obtener mis valiosos servicios…

—«Más sutil que la serpiente» — dijo Carol, recor-dando una cita clásica.

***

El investigador regresó a las cuatro de la tarde. Aun no había terminado de despojarse del sombrero cuan-do el teléfono atrajo su atención A través de los hilos reconoció la voz de su amigo de Fleet Street, Marcus Evans. Las primeras palabras del periodista sirvieron parar enterarle de que la desaparición de la actriz era cosa conocida en la «Calle de la Tinta», como suele lla-marse a la ancha avenida en que se hallan las redaccio-nes de tantos y tantos diarios.

—Escucha — respondió Quin cuando su amigo le hubo pedido más amplios informes —. Tú conoces a Pam Lowry, o Patricia Lawrence, tan bien como yo. Debes de estar de acuerdo conmigo en la suposición de que un secuestro fingido sería cosa que estaría dentro de su modo habitual de proceder en el caso de que le ofreciera probabilidades de proporcionarle lo que es-pera y desea. He hallado signos que parecen apoyar mi suposición. Bajo el aspecto negativo, no se han hallado huellas de entrada forzada en su residencia… aunque eso podría significar muy poco. El granuja que logró entrar en ella pudo hacerlo sin producir señales, y las llaves falsas se venden a diez un penique. La prueba esencial es las ropas: la señorita Lawrence abandonó la casa cuando estaba vestida solamente con pijama…

—Pero…

—¡Alto! Las investigaciones respecto a sus ropas disponibles me llevaron lejos de su casa… con el resul-tado de que estoy plenamente seguro de que la desapa-rición es completamente voluntaria y había sido proyec-tada de antemano.

—Pero, ¿dónde…? — el periodista estaba descon-certado.

—¿Has olvidado también tú que Patricia es actriz? — preguntó Quin —. Y como actriz, debe de tener dos guardarropas… El guardarropa personal y el teatral. ¿Has olvidado que su nueva comedia se desarrolla en la época actual y exige vestidos elegantes? He compro-bado con la ayuda del encargado del vestuario teatral que en este falta un equipo completo. Un equipo que supongo

que Patricia llevaría a su casa escondida-mente en ausencia de Lisette, su doncella, cuando ya tenía proyectada la falsa desaparición.

—¡*Kamerad*! — exclamó Marcus, que se rendía al razonamiento de su amigo —. En ese caso, ¿no vas a realizar gestiones de ninguna clase? Pero, ¿por qué no me permites que publique algo sobre la cuestión?

La respuesta de Quin fué firme y rápida.

—No debes publicar nada… porque no abandono la persecución. Tengo tanto interés como la propia Patri-cia en que los gemelos cingaleses sean aplastados. Admiro el modo ingenioso de que Patricia nos ha pues-to en acción…, aun cuando sé que sus razones tienen tres aspectos diferentes.

—¿Eh?

—Eliminar el peligro contra sí poniendo en movi-miento a la policía: vengarse de las personas interesa-das… y lograr que yo intervenga en su favor.

—Pero, en ese caso, debía de tener en su casa el equipo de ropas cuando habló contigo en el «Verona» — objetó Marcus.

—¡Claro que sí! Del mismo modo que yo he *leído* lo que había en su imaginación, ella *leyó* lo que había en la mía. Conociéndome como me conoce, se preparó anti-cipadamente. Y después de nuestra entrevista en su casa, comprendería que no podría conseguir que inter-viniese en favor suyo sino en el caso de que… Y por esta razón puso en práctica el proyecto que había con-cebido provisionalmente. Y no habrá perjuicios para ella por ese motivo. La policía le agradecerá que haya dado ocasión de investigar de modo oficial en los asuntos de los dos gemelos… Tengo una cita dentro de veinte minutos con Wise en Saville Row. Wilson obten-drá el mandamiento judicial, fundado en la nota de Pa-tricia, que nos permitirá hacer una visita a los señores da Silva… y hacerles algunas preguntas muy impor-tantes.

—Y ¿entretanto…?

—Puedes decir — sugirió enigmáticamente Quin —, pero no publicar, que la ausencia de la señorita Law-rence ha despertado el mayor interés de los policías.

***

En Saville Row, donde se hallaba el puesto de poli-cía, el inspector Wise estaba esperando impaciente-mente cuando llegó Noel Quin. Con el inspector se en-contraba un grupo de veteranos de la guerra del West End contra el vicio y el delito.

Wise saludó brevemente a Quin y se dirigió hacia los dos automóviles que se hallaban ante el puesto de policía, automóviles pertenecientes a la «Brigada Fan-tasma» de Scotland Yard. Junto a cada uno de los con-ductores iba un policía con ropas civiles que se hallaba en comunicación por radio con el Departamento de In-formación de Scotland Yard.

Mirando a su alrededor para adquirir seguridad de que todos sus subordinados se hallaban ya en los co-ches, Wise se volvió y dió a su conductor un golpecito en la espalda.

—¡En mancha! — dijo.

Los dos automóviles «fantasmas» se separaron con rapidez de la acera.

CAPÍTULO IX

La puerta de la bodega giró por efecto de la presión de Luiz da Silva, y de la bóveda cayó un chorro de luz brillante y blanca.

El grito se había convertido en un gemido y en so-llozos de protesta. Cuando Luiz se hubo apartado, Zita pudo ver la escena.

Figura central: una mujer. Una mujer suspendida de una cuerda que tenía a las muñecas y pasaba sobre un gancho mohoso que pendía del techo. Tenía el cuer-po doblado y la cabeza inclinada hasta el punto de que no era visible el rostro. Pero si Zita no pudo ver el rostro de la mujer, el color de su cabello le reveló algo. ¡Aquella mujer tenía la cabeza amarilla!

—¡Luiz! — Zita volvió la cabeza hacia él sin hacer caso de Bud Connor, que estaba mirando a su prisio-nera con una sonrisa de satisfacción que le distorsionaba el semblante —. ¡Luiz! ¡Esta no es Patricia Law-rence! ¡Patricia Lawrence tiene el cabello rojo!

—Es cierto… — Luiz sonrió de modo burlón —. La Lawrence tiene el pelo rojo… y esta mujer es rubia. ¿Qué es eso?

—Pero tú me dijiste que era la actriz. — Zita no lo comprendía, y miró rápidamente a Luiz y después a Connor… y de nuevo a la mujer que estaba atada. Con súbita decisión se aproximó a ella y le retiró el cabello que le caía sobre el rostro —. ¡No es la Lawrence! — repitió.

El rostro que veía no era ciertamente el de Patricia Lawrence Zita se estremeció. Aquella mujer parecía estar más muerta que viva, como si el esfuerzo que hizo para gritan lo hubiera arrebatado del cuerpo la última chispa de vitalidad.

—¡No es la Lawrence! — reconoció Luiz —. Pero, ¿has olvidado que Bud iba a buscan la grieta que hay en nuestra organización, por donde nuestros secretos han sido revelados? Hay más de una boca demasiado abierta entre nuestros… contactos… ¿verdad, Bud? Pero aplicó el oído a tierra, halló a esa perra que había estado lanzando insinuaciones acerca de lo… de lo que sabe… ¿No es así, Bud?

El granuja americano habló por primera vez.

—Así es, jefe — dijo.

Estaba vestido con un jersey de marinero, de color azul obscuro encima del cual llevaba una chaqueta de un azul claro, y pantalones también azules.

—Bud, ¿dijiste que es uno de nuestros contactos? —preguntó Zita.

—¡Claro que lo es! — respondió Bud —. Creo que ha hablado demasiado. Bueno, le di una bebida de esas especiales para traerla aquí. Pero ya se han pasado los efectos. Y estaba intentando hacerla hablar cuando llegasteis.

Zita miró al implacable bruto. Era un acuchillador, un pistolero… Zita sabía que siempre llevaba consigo una pistola y un cuchillo… y a veces, cosas aun más desagradables. Zita sabía algo de lo que Bud Connor era capaz de hacer… y tenía una idea bastante precisa de lo que haría *a ella misma*, si no se hallase bajo la protección de Luiz. Zita experimentó compasión por aquella pobre mujer que estaba atada a la pared… pero se alegró de que aquella mujer que estaba a la pared no fuese Zita.

—¿De qué modo lo has intentado, Bud? — preguntó Luiz —. ¿Qué clase de… persuasión has utilizado?

Bud sonrió de modo grotesco y se metió una tatua-da mano bajo la chaqueta y en dirección al sobaco. Mas no buscaba la pistola. Zita pudo ver el bulto del arma en otro de los bolsillos. Cuando la mano de Bud reapareció, había en ella una cosa negra, brillante… ¡y viva! Algo que se retorcía… algo que tenía una

na-ricilla delgada, unos ojos fijos que destellaban bajo la luz como si fueran dos rubís.

¡Una rata!

Bud miró al animalito casi de modo cariñoso.

—¿Qué haces? — le preguntó Luiz.

—No he hecho más que enseñársela… y se desvane-ció. Pero me parece que comienza a volver en sí.

Y con la rata apretada contra el pecho, se acercó a la mujer. La agarró del cabello y la forzó a levantar la cabeza para mirarlo de frente. Bud la puso la rata ante los ofuscados ojos.

Los ojos se ensancharon. La boca emitió un grito de terror. Colgada de las muñecas, aquella desgraciada intentaba apartar la cabeza. Zita retrocedió pero fasci-nadamente.

—¡Hablarás, puerca asquerosa! — gritó amenaza-doramente Bud —. ¿No hablaste mucho con aquella mujer, la Karoli? ¿Vas a repetir por todas partes lo que ella te dijo? ¿Vas a hacer lo que dijiste que ha-rías, traicionarnos? ¡Habla…, puerca!

La rata fué colocada a dos pulgadas de los ojos de la desgraciada mujer.

—¡Habla! — gritó de nuevo Bud —. ¡Habla, mal-dita!

La mujer emitió unas boqueadas, intentó hacer una inspiración de aire para poder hablar… Y sus pálidos labios se contrajeron para alejarse de aquello tan ho-rrible.

—Muy bien. Si no quieres hablar — añadió Bud, de modo aun más amenazador —. Si no quieres hablar…

Los esfuerzos de la mujer habían dado lugar a que la blusa se aflojase de modo que entre el tejido y su carne quedó una abertura a la altura del cuello. ¡Y por aquella abertura dejó Bud caer la rata!

Las manos de Zita corrieron a cubrir su boca. La mujer que estaba suspendida del oxidado gancho se retorció violentamente para rehuir el contacto con el cuerpo viscoso del animal.

La desgraciada mujer volvió a desmayarse.

—¡Infiernos! — gruñó Bud.

Luego se inclinó y abofeteó las pintadas mejillas una y otra vez. Luiz parecía divertirse con lo que pre-senciaba. En la obscuridad de sus facciones se dibu-jaba una sonrisa de placer. Y se adelantó unos pasos para hacer una sugerencia.

—¿Por qué no pruebas con la otra, Bud? — pre-guntó —. La que está en el tarro de la ginebra… la hambrienta.

Bud le miró de modo que hizo que la sangre de Zita corriese con creciente frío.

—Me has quitado las palabras de la boca, patrón.

—Ve a buscarla en tanto que hago que esa mujer recobre el conocimiento — le ordenó Luiz.

Luiz no era tan brutal como Bud; pero era más eficaz. Sacó de un bolsillo un mondadientes, y lo clavó bajo las uñas de la mujer, entre éstas y la carne.

Cuando Connor regresó y se aproximó a ella, la mujer rió de modo incontenible. Su risa estaba rota por unos continuos sollozos y sus labios se contraían con una sonrisa inexpresiva que hablaba de una ima-ginación que se hallaba al borde de la locura.

Connor llevaba algo consigo. Una rata más grande que la otra, encerrada en una jaulita con fondo de metal, y que se retorcía y trazaba círculos furiosos en el reducido espacio de que disponía.

Una rata más grande que la anterior… y atormen-tada por el hambre.

Connor acercó la jaulita lo suficiente para que la mujer pudiera ver lo que

había en su interior.

Al ver carne humana a corta distancia, la rata cesó de correr en círculos, se contrajo y levantó la cabeza para olfatear.

Connor se dirigió a la mujer.

—Escucha, mula: esta belleza que ves aquí está muerta de hambre. La cazamos porque creímos que nos divertiría; pero no pensamos entonces que también tú nos proporcionarías alguna diversión al mismo tiem-po que ella.

Connor aproximó aun más la jaula.

—¿Ves esta puertecita? ¿Sabes lo que haré si no me dices ahora mismo todo lo que sepas? Te desgarraré esa blusa tan bonita que tienes y te acercaré la jaula al cuerpo después de abrir la puerta.

Y rió.

Zita se volvió en otra dirección. Comenzaba a ma-rearse. Luiz se acercó un poco más para ver mejor lo que sucedía. Connor agarró con fuerza la blusa de la mujer y se dispuso a desgarrarla.

—¿Hablarás, hermana? ¡Es la última ocasión que tienes de hacerlo! ¡No podré interrumpir la labor de esta rata una vez que haya comenzado a morder!

La mujer abrió la boca. Luiz se acercó más. Zita se alejó.

La puerta de la bodega se abrió. Un rostro excitado asomó por la abertura. Una voz excitada sonó:

—¡Jefe! Un hombre viene a verte… ¡urgentemen-te! Se llama…

Luiz se volvió.

—¿Eh? ¡Diablos! ¡Estoy ocupado ahora…! Dile…

—¡Ha insistido, jefe! ¡Se llama Quin!

Luiz emitió una repentina exclamación de asom-bro. Su cetrino rostro se cubrió de una coloración amarillenta.

—¡Quin! — exclamó —. ¡Ese bastardo! ¡Quédate aquí, mientras me libro de él! Tú, Zita…, márchate. Bien. Bien; voy ahora mismo.

Contenta de poder marcharse de allí. Zita salió co-rriendo de la bodega. Luiz caminó detrás de ella.

Bud Connor quedó a solas con la mujer… y la rata.

***

Los dos automóviles corrieron desde Saville Row a través de Picadilly a una gran velocidad, volvieron hacia la izquierda y siguieron por Sheftesbury Avenue. Pero el grupo de policías no recorrió en ellos todo el camino hasta el «Plectrum Club» en los automóviles fantasmas sino descendieron cerca de la iglesia próxi-ma a Sheftesbury Avenue. Quin Wise y la mayoría de sus acompañantes se apearon. Otros automóviles car-gados de policías llegaban al mismo lugar. El «Plec-trum Club» iba a ser cercado de modo que ni los ge-melos cingaleses ni ninguno de sus compañeros tu-vieran probabilidades de fuga en alguno de sus rápidos automóviles.

Fué idea de Quin el llegar al Club a pie. Y también fué idea suya el presentarse solo y antes que Wise y sus hombres, con el fin de inician con los gemelos una «amistosa» conversación sin provocan sospechas de que fuese a realizarse un «raid». En el caso de que los policías llegasen al club formando un grupo, los gemelos serían avisados y no se prestarían a celebrar la entrevista.

—Concédame cinco minutos — dijo Quin a Wise — para inducir a los gemelos a creer que reciben una vi-sita de un solo hombre. Sus hombres pueden percibir el olor de los policías desde una distancia de una milla; pero una vez que los tenga bajo la mirada, ninguno de ellos intentará huir antes de

que ustedes lleguen. ¿Com-prende?

—Sí. Me parece muy bien — dijo Wise —. Los mu-chachos uniformados formarán un cordón aquí y junto a la calle de Oxford. Estamos en contacto con ellos por medio de la radio. Vaya delante, Quin. Pero recuér-delo: nada de violencias en el caso de que puedan ser evitadas.

—¿Sabe usted que alguna vez me haya entregado a la violencia sin motivos para hacerlo? — preguntó Quin —. Cinco minutos, pues, amigo. ¡Hasta luego!

Y caminó por Dean Street a paso regular.

La puerta del club estaba abierta. En el interior se hallaban algunos de los miembros, que tomaban café o bebidas y se divertían jugando al dominó en torno a unas mesitas. Miembros de cansado aspecto, ciertamente, pero también duros y de vida accidentada, como podía observarse por sus rostros. Era demasiado temprano para la vida de Soho. El club no despertaría hasta varias horas más tarde. Era, en resumen, la hora más apropiada para plantear a los gemelos cingaleses unas preguntas con probabilidades de que fuesen oídas.

Sin hacer Caso de quienes se hallaban en el local, Quin cruzó la primera estancia y se acercó al mostrador que a su fondo había. Tras el mostrador se encontraba una mujer rubia que se encargaba del manejo de la caja registradora. La rubia tenía puesto un jersey del color de los canarios. Quin se inclinó para dirigirle una pregunta.

—Querría ver a los señores da Silva — dijo son-riendo con la confiada expresión de un amigo que hi-ciese una visita de cortesía y tuviera seguridad de que sería bien acogido.

La rubia pareció sobresaltarse y se puso en pie.

—Tenga la bondad… de esperar un momento — dijo.

— Muy bien.

Tan pronto como la muchacha hubo iniciado la marcha, Quin descorrió las gruesas cortinas del fondo y continuó hablando como si no hubiera habido inte-rrupción alguna en sus palabras.

—Dígales que soy el señor Quin.

Pero la rubia no les dijo nada. Un italiano que te-nía puesto un sucio delantal se aproximó a él y le preguntó:

—¿Qué quiere?

—¿Los señores da Silva? — repitió Quin.

Obedeciendo una seña hecha por el camarero, la rubia regresó a su cubículo. El camarero se volvió para internarse en las regiones particulares. Y lo hizo con tanta ligereza, que no se dió cuenta de que Quin le se-guía los pasos.

Después, el camarero bajó unas escaleras que con-ducían a la bodega. Quin se detuvo en la parte alta. Quin tenía mucho valor… y también mucha pruden-cia. Oyó que una puerta se abría. Oyó voces. Oyó que alguien decía con desdén:

—¡Quin!

Y se retiró un poco para situarse al pie del muro y en contacto con él. Ante él pasó una mujer. Sonaron más pasos en las escaleras pasos más lentos, más fir-mes que los anteriores, pasos de hombre.

Quin salió de su ocultamiento. Se colocó ante el personaje del rostro cetrino y el cabello negro.

—¡Hola, gemelo! — saludó de manera burlona el investigador.

A corta distancia, en la dirección de donde Quin procedía se produjo una súbita conmoción. Sonaron de modo estridentes los silbatos de la policía y se pro-dujo un estrépito de cristales rotos y mesas derribadas.

—¿Qué quiere usted? — preguntó da Silva.

—Tú… y otro granuja como tú — anunció Quin de modo siniestro.

El granuja se llevó una mano al bolsillo. Y apenas había introducido los

dedos en él, cuando en la parte inferior, en la bodega, se produjo un grito de terror, un grito de mujer.

Quin empalideció. Los dedos de Quin, que se habían agarrado a la solapa de Luiz, soltaron su presa. Los dedos de Quin se doblaron y formaron un puño que semejó una piedra al extremo de un martillo.

El golpe de Quin cayó en el plexo cardíaco de Luiz. Mientras los ojos del granuja giraban y el cuerpo del hombre caía al suelo, Quin le descargó un nuevo ma-zazo en la barbilla. La aceitada cabeza sonó al chocar contra el suelo. Algo asomó desde un bolsillo del hom-bre derribado, a través del tejido: un mondadientes manchado de sangre en una punta.

Quin bajó las escaleras a toda velocidad. Llevaba la pistola fuertemente sujeta. Se hallaba en el último es-calón cuando la puerta de la bodega se abrió y una figura le cerró el paso. De nuevo sonó el grito de la mujer. El camarero que había transmitido el anuncio de Quin se hallaba indeciso ante la entrada. Su inde-cisión terminó cuando Quin levantó la pistola de ma-nera que describió un arco en el pire. El camarero cayó a tierra como un árbol derribado. Quin estaba pensando en la voz que había sonado en la bodega. ¿Podría ser que fuese errónea su teoría respecto a Patricia Law-rence?

Pero no disponía de tiempo para analizar teorías. Quin se hallaba arrodillado junto al derribado camare-ro. El sombrero le fué arrebatado de la cabeza por el pesado proyectil de plomo procedente de una pistola.

Con la puerta semiabierta, Quin se dejó caer a tie-rra para inspeccionar el interior del sótano a través de la abertura. Arrastró al camarero hacia sí con el fin de utilizarlo como escudo protector, apoyó la pistola en el cuerpo del hombre inconsciente… bajó la cabeza para hacer puntería, la hizo cuidadosamente y…

Un ruido que sonó en la parte alta de las escaleras le hizo volverse con rapidez para quedar de frente a ellas. Los dedos de Quin oprimieron el gatillo del ar-ma. El cuerpo que se hallaba en la altura cayó rodando y quedó inmóvil junto a él.

En el fondo de la bodega se produjo un nuevo es-tampido. Después, el infierno rompió sus cadenas.

Con un cuerpo inconsciente a cada uno de sus la-dos, Quin se volvió de nuevo en dirección a la bodega, se retiró de la frente el cabello, apuntó y disparó.

Las paredes de piedra devolvieron el estrépito de la lucha y del fuego de las armas.

El «raid» había comenzado.

CAPÍTULO X

Después de aquel primer estruendo del tiroteo y de la respuesta que brotó en el interior de la bodega, se produjo un apaciguamiento en el cual pudo oírse el barullo del piso superior, el barullo de la batalla entre los policías y los granujas.

Pero Quin no podía perder el tiempo escuchando los ruidos. Con el olor a pólvora en la nariz y una pistola recalentada en la mano, se entregó a la acción per-sonal.

El apaciguamiento que se observaba en la bodega significaba algo, indudablemente. Significaba que el in-dividuo que se hallaba en el interior se había detenido para recargar el arma… en una ocasión en que la «Browning» de Quin tenía todavía dos cartuchos sin disparar. Aquellos dos disparos primeros, hechos sin ver al invasor, podrían costar caros al hombre.

Utilizando uno de los trucos más viejos del mundo, Quin cogió el sombrero y lo asomó por la abertura de la puerta. No se produjo respuesta. Sin esperar a reci-bir más pruebas y aceptando el riesgo de ensañarse… Quin abrió repentinamente la puerta y se precipitó al interior de la bodega.

La escena que se desarrollaba en el interior de la bodega llegó a su observación con la rapidez de una visión cinematográfica. Un hombre grandote se hallaba en el local. Estaba vestido con ropas de color azul, levantaba en aquel instante una pistola recargada… y se disponía a disparar de nuevo.

No tuvo Quin tiempo para ver la figura de mujer que se hallaba colgante de un gancho. Su pistola des-pidió un proyectil. Y la pistola que se hallaba en la mano del hombre grandote saltó de ella como si hu-biera sido impelida por un motor de reacción a chorro.

Con su pistola preparada, Quin avanzó en dirección al hombre que había quedado desarmado. Y se había adelantado tres pasos… cuando de la chaqueta del bandido cayó a tierra algo que corrió y soltó chi-llidos.

Alguien agarró en aquel momento a Quin de los hombros, tiró de él hacia atrás, de modo que su cuerpo se arqueó. Quin reaccionó instantáneamente. Retroce-dió contra la persona que lo sujetaba, levantó el brazo para sujetarla del cuello, se inclinó hacia delante… y las manos soltaron a Quin. Un cuerpo pasó sobre su cabeza en un vuelo de pesadilla. La cabeza de aquel cuerpo golpeó las baldosas del suelo. El cuerpo quedó inmóvil, como si fuera tan sólo un montón de ropas.

Quin recobró el equilibrio y comenzó a correr tras el hombre vestido de azul, que había utilizado la oca-sión favorable para dirigirse a otro departamento de la bodega. Quin comprendió que por allí debería de haber otra salida. La segunda bodega no estaba ilumi-nada. Quin sacó del bolso su encendedor y provocó una llamita que apenas le permitía ver. El hombre perse-guido se metió en un pasillo y el perseguidor hizo lo mismo. La llama del encendedor murió cuando llegaba a la puerta. Cuando llegaba al final del obscuro pasillo, Quin chocó contra una puerta. Una llave daba vuelta en la cerradura al otro lado. Quin apoyó la boca de su pistola en la madera de la puerta… e hizo su últi-mo disparo.

Quin se retiró un poco y se lanzó con todas sus fuerzas contra la puerta. La puerta se abrió. El inves-tigador pudo entonces ver de nuevo al hombre del traje azul, que se dirigía a un patizuelo. Tenía los pies a la altura de los ojos de Quin.

Después de haber guardado la descargada pistola en su funda, Quin subió las cortas escaleras, llegó al terreno liso y corrió tras el fugitivo. Cuando llegaba junto a él, el bandido se asió a los hierros que rema-taban la tapia de ocho pies de altura, se llevó y gol-peó con los colgantes pies al investigador. Quin lo asió de un tobillo y tiró de él. El bandido cayó sobre la espalda de Quin y movió las manos con el fin de lle-varlas al cuello del investigador.

Cegado por el cuerpo vestido de azul que le había caído sobre los ojos, Quin se tambaleó…, cayó. El gra-nuja rodó por las piedras como si fuera un acróbata de circo. Y con la agilidad de un atleta habituado a los ejercicios marítimos, se levantó y se dispuso a hacer frente al investigador, que avanzaba contra él.

Inme-diatamente, corrió hacia la tapia y agarró una pala, con la que se propuso descargar golpes mortales con-tra su oponente.

Quin lo recibió con un puñetazo en la cara que lo hizo abandonar la pala. Cuando el granuja se lanzaba otra vez al ataque, Quin le descargó un golpe contra la mandíbula. El hombre grandote retrocedió y se tambaleó.

La pala se interpuso en el camino de Quin y conce-dió al bandido el tiempo necesario para llegar a las escaleras de hierro que ascendían por la fachada lateral de la casa. Cuando Quin pudo llegar al escalón inferior el bandido se hallaba ya a mitad de camino del tejado.

Quin ascendió con la agilitad de un bombero. Se hallaba a un metro del tejado, cuando una teja pasó junto a su cabeza. Llegó a lo alto, y desde allí vió que el patizuelo, a sesenta pies de distancia, debajo de él, semejaba visto desde allí un pañuelo sucio.

Quin corrió tras el bandido y le arrojó un yesón de chimenea. Mientras el bandido se agachaba para es-quivar el golpe. Quin pudo recorrer la distancia que lo separaba de él. Un instante después, los dos hombres estaban enzarzados en una pelea cuerpo a cuerpo, ro-dando por el tejado. Quin era duro… y también el ma-rinero. Pero el marinero carecía de la destreza de Quin. Se habían levantado los dos, cuando un cuchillo cayó sobre las tejas. Quin lo rechazó de un puntapié.

Sin recordar dónde se hallaba, Quin luchó loca-mente. Sólo recordaba lo que deseaba hacer. Y descargó una terrible lluvia de golpes contra su rival. El ros-tro del marinero se cubrió de sangre; su nariz se aplastó; una de sus cejas se rasgó…

Y repentinamente, Quin se halló descargando gol-pes contra el aire. Y observó que se hallaba al borde de un abismo. El marinero había desaparecido. Quin se encontró ante un vacío que se abría donde el tejado concluía. Recobró el equilibrio y se dejó caer de ro-dillas en el bajo parapeto.

No oyó el ruido que el marinero debía producir al caer a tierra. Y fué así, porque no cayó a tierra. Sa-liendo despedido por el último golpe de Quin, el mari-nero había caído sobre la tapia de ocho pies de altura que remataba el patio del edificio. Y cayó de espaldas sobre ella… y sobre las agudas lanzas de hierro que en ella se elevaban. Dos de ellas se le habían clavado en el cuerpo. Su cabeza colgaba hacia la parte exterior de la tapia y los pies hacia la interior.

Estaba clavado a una pared, como una mariposa por el alfiler del coleccionista. Estaba muerto con una muerte como la que él había dado a otros. Muerto… con una punta de hierro clavada en la espalda.

Quin se puso en pie y se dirigió hacia la escalera de hierro.

***

Cuando llegó a la parte baja de la casa, la batalla había concluido.

Los heridos se quejaban angustiosamente y pedían que se les trasladara en las ambulancias sanitarias a donde pudieran ser atendidos. Pero los policías no po-dían conmoverse al oír sus quejas. También había po-licías heridos.

Wise se hallaba en la habitación principal del club. Estaba aparentemente impasible; pero feliz.

Entre una pareja de policías, se encontraba Luiz da Silva. ¡Y no estaba impasible ni feliz!

—¿Dónde está el otro, Darro? — preguntó Quin.

Wise respondió disgustadamente:

—¡No está aquí! Hemos registrado toda la casa… y no lo hemos hallado. Este hombre dice que no sabe dónde está, y…

—¡Huuum! Lo sabe muy bien — le interrumpió Quin —. Pero la mujer de la bodega… ¿la han ha-llado ustedes?

—Sí. Allí está.

Quin siguió con la mirada la dirección que le indi-caba el inspector. Más allá de la puerta de la estancia contigua se hallaba una mujer. Y ante ella, estaba in-clinada otra mujer.

—¿Todavía está inconsciente? — preguntó Quin.

Wise respondió afirmativamente.

—Pero ¿dónde ha andado usted? ¿Qué ha hecho? Mientras nosotros nos entreteníamos aquí entre bote-llas rotas y cuchillos, usted andaba a tiros con no sé quién…

Quin explicó brevemente lo que había hecho.

—Era el hombre que ató a esta mujer a una pared, que la colgó de un gancho… supongo. Bien; después de todo, no puede negarse la existencia de una cosa que se llama justicia poética.

—¿Poética?

—Sí. Mande a una pareja de policías que vaya al patio, y allí encontrarán a tal hombre… sujeto a una pared.

Wise no entendió lo que se lo decía; pero transmitió la orden.

—¡Yo no sabía nada de todo eso! — gritó Luiz —. No soy responsable de lo que haya podido pasar ni de lo que haya hecho algún imbécil… Os digo… que todo ha sucedido mientras yo dormía. Pregunten a Zita…

—Es ciento. Luiz nada sabía de todo eso — afirmó burlonamente Quin.

Y en aquel momento sonó el timbre del teléfono. Quin se dirigió al aparato. Pero no quiso hablar hasta que lo hubiera hecho la persona que llamaba.

Pero quien llamaba parecía no tener prisa ni in-terés por ser la primera persona en hablar. Quin to-sió para indicar que había alguien en aquel extremo de la línea. Y quien llamaba terminó por impacientarse y decir:

—¿Quién…, quién es? ¿Luiz?

Era una voz de mujer. Y tenía acento extranjero.

Imitando con gran perfección el acento de Luiz da Silva, Quin respondió:

—Sí…, soy yo… ¿Qué…?

—Entonces, ¿por qué no has contestado antes?

—Hay… — tartamudeó Quin —, hay una obstruc-ción en la línea…

—¡Imbécil! Se oye perfectamente… Pero, dime: ¿qué historia es esa que corre acerca de la actriz, de la Lawrence? — comenzó a decir la persona que había llamado.

Un grito la interrumpió.

—¡Deje ese teléfono…, Quin!

El grito brotó de la garganta de Luiz da Silva y se interrumpió repentinamente cuanto uno de los poli-cías puso una mano sobre la boca del bandido. Pero era ya demasiado tarde. La persona que había llamado por teléfono debía de haberlo oído, puesto que en el receptor sonó un ligero: «¡clik!», y la comunicación quedó cor-tada.

Quin colgó el receptor, lo descolgó instantáneamen-te y luego marcó el número de la oficina telefónica cen-tral y dijo:

—¡Habla la policía! ¡Díganme la procedencia de la última llamada… y

háganlo en el acto!

Finalmente, pudo saberse que la llamada procedía de un teléfono público instalado en la estación del metro de Piccadilly. Quin no se sorprendió. Nada po-dría hacerse. Cuando se pudiera llegar al lugar en que se había producido la llamada, la mujer misteriosa que la había hecho habría desaparecido.

—¡Acento extranjero! — comentó Wise después de oír la explicación de Quin —. Y hablaba a quien su-ponía que era Luiz en el tono con que se habla a un subordinado, ¿eh? ¿Podría ser japonés ese acento?

—¿Piensa usted en Sato Yamasaya?… — preguntó Quin —. ¡Preguntemos a Luiz! La llamada era para, él… y Luiz pareció comprenderlo.

Tan pronto como le hubieron dejado la boca en li-bertad, Luiz gritó:

—¡Os arrancaré la piel de las espaldas, malditos policías! ¡Y le daré su merecido, Quin!

—¿Sato Yamasaya? — preguntó Quin —. ¿Tiene autoridad sobre ti, gordo? ¿Es la señora que te da órdenes? Debe de serlo, puesto que quería saber… ¿Te gustaría saber lo que ella quería saber?

—¿De qué me acusáis, imbéciles? — preguntó Luiz amenazadoramente —. ¿Qué acusaciones sobre mí te-néis?

—La de haberse opuesto a que la policía cumpliese lo ordenado por un mandamiento judicial — afirmó Wi-se —. Y el secuestro de la mujer que se hallaba en la bodega… Quin: ¿irá usted con nosotros al puesto de policía?

—No.

Y esperó hasta que los policías se hubieron retira-do en unión de Luiz para dirigirse a Scotland en los automóviles, y entonces ofreció a Wise un relato de lo que hasta entonces sabía.

—Infórmeme de lo que declare esa mujer desco-nocida cuando recobre el conocimiento. Ahora, necesi-to ponerme en contacto con Masters… que acaso tenga noticias relacionadas con la señorita Lawrence.

Y no dijo: «noticias de la señorita Lawrence», por-que continuaba ocultando al representante del Yard su teoría respecto a la desaparición de la actriz.

—Mi suposición es que los secuestradores habrán obligado a esa actriz a permanecer silenciosa eterna-mente… Y la ausencia del otro gemelo puede estar re-lacionada con esa cuestión.

—¡Es posible! — reconoció diplomáticamente el investigador Quin —. Pero hay también otra cosa que quiero hacer. Deseo volver a visitar el piso de la se-ñorita Karoli. ¿Podré revolver lo que me parezca con-veniente y llevarme lo que crea que puede sernos de utilidad?

—Sí…, a condición de que me comunique usted lo que descubra.

—¡Gracias!

Quin recobró el sombrero, se lo puso, dirigió una mirada de saludo a Marcus Evans, que se hallaba en-tre los periodistas que habían acudido en busca de informaciones sensacionales, y salió a la calle.

Detuvo un automóvil de alquiler y saltó a su inte-rior.

—¡Al teatro «Empress»! — dijo al conductor.

Durante la corta carrera, Quin pudo recargar la pistola.

CAPÍTULO XI

El director se hallaba en el teatro «Empress». Pero en el teatro «Empress» no había función.

Peter Masters recorría el tocador de los hombres y recibía expresiones de condolencia de todos los presen-tes. El primer actor, Barry, estaba inconsolable.

—No puedo hacer que se represente la comedia si Patricia no toma parte en la representación — explicó Masters a Quin —. Patricia *es* la comedia. No hay po-sibilidad de hallar substituto para ella…

—Eso, ¿quiere decir que aun no se han recibido no-ticias de Patricia? — preguntó Quin.

—¡Absolutamente ninguna! — respondió Masters —. ¿Crees que los secuestradores…?

—¡No creo nada! — dijo Quin —. No sé nada…

Y se sentó en la mesita del tocador del actor. No ha-bía en ella manchas de grasa que pudiera añadir nue-vas manchas a las que tenía en el traje.

—La desaparición de la señorita Lawrence es causa de gran dolor para el señor Barry, también — explicó Masters —. El señor Barry reserva para ella los mis-mos sentimientos que yo…

—¿Quieres decir… que es otro de los adoradores de la señorita Patricia Lawrence? — preguntó con acento irónico Quin.

El actor enrojeció. Con el fin de fingir que no obser-vaba su desconcierto, Quin paseó la mirada por el guardarropa, las paredes, los espejos, los tocadores con sus luces, las mesas… en que no había huellas de pin-tura grasa…

—¿Está, pues, todo dispuesto ya para abandonar el teatro? — preguntó Quin.

—¿Eh?

Masters y el actor parecieron desconcertarse.

—Veo que todo está muy limpio… Y siempre he imaginado que la mesa de un tocador de teatro estaría llena de manchas de pintura…, de pinturas grasas…

Masters rió un poco ausentemente.

—¡Ah, sí! Eso es lo que sucede frecuentemente. Pero Conrad no se caracteriza personalmente. Su cria-do es el que se encarga de caracterizarlo.

—¡Comprendo!… — exclamó Quin —. Son sólo los actores de poca importancia los que han de caracteri-zarse personalmente. ¡No las primeras figuras!

—No. Tampoco es eso — le contradijo Masters —. La mayoría de los actores hacen personalmente su propia caracterización para presentarse en escena. Pero el se-ñor Conrad es ciego a los colores…

—¡Oh! Perdón, señor Conrad. Daltonismo, ¿eh? Es una cosa muy corriente entre los hombres corrientes; pero debe de resultar mucho más molesta para un ac-tor…

Quin se levantó y recorrió perezosamente la habi-tación.

—¿Ninguno de ustedes ha oído nunca hablar a la señorita Lawrence de sus contactos con los hermanos cingaleses? — preguntó —. ¿No le han oído decir de qué modo los conoció?

Los otros dos hombres hicieron unos movimientos negativos.

—¡Absolutamente nada! — declaró Masters —. Y tú, ¿tampoco has averiguado nada?

—Nada… esperanzador — reconoció Quin —. Pero todavía es demasiado

pronto. Bien; debo marchar-me… ¡Hasta la vista, Masters! ¡Hasta la vista, señor Barry!

***

Cuando Quin llegó al piso de Dover Street, Myrtle, la mujer que hacía las faenas domésticas, se había ido a su casa. Pero Carol lo recibió con entusiasmo y le manifestó su deseo de acompañarlo en la visita a la casa de Gunshaw Road.

Un policía de expresión aburrida se hallaba sentado en el vestíbulo de la antigua vivienda de la señorita Karoli. La nota del inspector Wise fué una especie de «sésamo, ábrete» para la puerta de las escaleras; pero más allá de ellas no había ninguna cueva de Alí Babá. El policía volvió a ocupar su silla y dejó a los visi-tantes en completa libertad. Una vez que se encontró allí. Carol no experimentó tanta satisfacción como se había prometido. El pensamiento de lo que había su-cedido en aquella casa le produjo un efecto deprimente.

—¿No es extraño que el cadáver fuese hallado aquí, Noel y no en el dormitorio? — le preguntó a Noel.

—Lo es. Es una cosa extraña. Si la joven fué ata-cada cuando se hallaba en el lecho, ¿cómo pudo llegar hasta allí el asesino sin despertarla? Había una llave en la parte interior de la cerradura. Si la puerta es-taba cerrada con llave ¿cómo pudo entran el crimi-nal? La única posibilidad es que el asesino fuese una persona conocida de la muerta, una persona a quien ella misma hubiese abierto la puerta. ¿Pudo el ase-sino inferirle las heridas cuando abrió la puerta… o la hizo venir a esta habitación para matarla aquí?

—Quieres decir — dijo Carol — que alguien en quien ella confiaba… pertenecía a la cuadrilla de los geme-los cingaleses… o que era uno de sus asesinos a sueldo.

—¡No de modo forzoso! — respondió Quin —. Como he dicho a Wise, la «manca registrada» me parece una falsificación. Y acaso se hizo con el fin de vengan una cuestión personal de manera que la muerta, fuese atribuida a los gemelos cingaleses… Pero hagamos un examen de estas habitaciones.

La estancia se encontraba exactamente en el mismo estado en que Quin la había visto anteriormente. En tanto que Quin hacía observaciones. Carol cogió el li-bro de dibujos y lo repasó sin gran interés. En la planta baja se produjo el rumor de una rápida conversación, al que siguió el de unas pisadas en las escaleras. Una figura conocida apareció en el piso. ¡Marcus Evans!

—¡Ah! ¡El buitre! — exclamó, cariñosamente, el investigador.

—¡Qué dibujos tan pintorescos! — dijo, después de haberlo saludado, la esposa del investigador —. Supon-go que pertenecen a ese género que se llama arte mo-derno… ¡No los entiendo!

—No entiendes mucho de esas cosas, Carol… — co-menzó a decir Marcus. Y después, miró fijamente los dibujos y arrugó el entrecejo —. Pero… ¡diablos! No me parecieron tan malos cuando los vi la otra noche… ¡Alguien lo ha…!

—¿Eh? ¿Qué es eso? — la mirada de Quin reflejó el interés —. ¿No son los mismos de la otra noche, Marcus? ¿Qué quieres decir? ¿No estaban terminados entonces? ¿Sería posible que ella los hubiese com-pletado después de tu marcha y antes de la llegada del asesino?

El periodista estaba sobresaltado.

—No. No es eso precisamente — dijo con lentitud —. Lo que quiero decir es que alguien los ha reformado desde entonces. ¡Diablos! Sabía que la muchacha, no era una gran artista; pero los rostros que los dibujos reproducen no eran tan malos la otra noche…

Quin arrebató el libro de manos de Carol

—No recuerdo haber visto ningún color verde en ninguna de esas caras — continuó Marcus —. Creo re-cordar que todas ellas eran rojas.

—¡No había verdes…, sino solamente rojos! — re-pitió Quin —. Y ahora que lo recuerdo, no se han en-contrado lapiceros en esta casa… Y Wise no me ha dicho que los haya recogido él… ¡Hemos de compro-barlo!

—Pero, querido… ¿Por qué…? — preguntó Carol.

—Voy a llevarme ese libro a Dover Street — añadió Quin —. Marcus: alguno de esos dibujos, ¿tiene algún significado para ti?

—Creo que no.

—¡Vamos inmediatamente a Dover Street! ¡Ven con nosotros. Marcus si quieres obtener detalles de los sucesos del «Plectrum Club»!

—¡Vamos! Tengo esperanzas de que puedas arrojar alguna luz sobre estos misteriosos crímenes — anunció el periodista.

—¡Eso es precisamente lo que espero conseguir, buitre! — respondió Quin —. ¡Luces rojas!

Marcus continuaba rascándose la cabeza mientras bajaba las escaleras.

***

La casa en que los hermanos cingaleses tenían su re-sidencia privada era un edificio de piedra que se halla-ba en los límites de Mitcham Common. Cuanto llegó el inspector Wise, acompañado de un pelotón de poli-cías, la casa se destacaba en silueta ante un cielo obs-cureciente.

Wise no se hacía ilusiones respecto a que pudiera apoderarse de Darro da Silva, aun cuando Darro se encontrase en la casa. Sabía que se habrían transmitido noticias de la invasión del club y de la detención de Luiz a todos los lugares en que Darro pudiera hallarse.

Acompañado del inspector local y de cuatro sar-gentos, Wise siguió hasta una cómoda estancia al cria-do de rostro de bandido que los recibió. Wise tampoco se hizo ilusiones cuando el criado se retiró para avisar a su señor. Darro sabría ya que los policías estarían en su casa y habría preparado la historia que había de referirles.

Lo que sucedió confirmó sus suposiciones. El criado regresó acompañado de otro hombre más bajo que él, fuerte, de rostro cetrino y ojos casi inmóviles. No era preciso decir que aquel hombre era Darro. Con la ex-cepción de que parecía más peligroso que su hermano. Darro era exactamente una nueva edición de Luiz.

—Ustedes… ¿querían verme? — preguntó con cierta dulzura.

Wise no quiso perder el tiempo.

—¿Es usted Darro da Silva? — preguntó secamen-te —. Tengo un mandamiento judicial que me autoriza a registrar esta casa; y lo advierto…

—¿Registrar?

Darro ni siquiera parpadeó. Se sentó en el brazo de un sillón, sacó una navajita de un bolsillo y comen-zó a arreglarse las uñas.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Su hermano está ya detenido acusado de haber secuestrado y maltratado a una mujer. El «Plectrum Club» está ahora ocupado por la policía. Todavía no se ha determinado si usted está o no está complicado en el secuestro de aquella mujer; pero debo advertirle que no deberá oponerse a nuestra labor…

—Todo eso significa en realidad que no han hallado ustedes pruebas acusatorias contra mi hermano… y que tienen muy pocas esperanzas de hallarlas aquí… — dijo Darro al mismo tiempo que miraba al grupo de policías y se encogía de hombros —. No tengo inten-ción de oponerme a la fortaleza de su brazo. ¡Adelante, inspector!

—¿Dónde ha estado usted durante el día señor da Silva? No está usted obligado a responden, pero…

Darro rió socamente.

—No estoy obligado a responder inspector; pero no tengo inconveniente en responder que he estado aquí durante todo el día. Y mis criados confirmarán esta afirmación.

—¡Indudablemente!

El registro se ejecutó con lentitud y de modo com-pleto; pero cuando hubo terminado, Wise solamente pudo averiguan que Darro tenía dos criados en la casa. Y aparte del aspecto de criminales que ambos tenían, nada pudo hallarse acusatorio contra Luiz o Darro.

Wise regresó a los automóviles en compañía de los restantes policías. Y se separó de ellos al llegar a la carretera principal para dirigirse a la ciudad… y a Whitehall.

Cuando se halló de nuevo en su despacho, Wise mar-có en el teléfono el número de Noel Quin y se alegró al oír la voz del investigador.

—¡Hola, Quin! Acabo de regresar de Mitcham. Su-pongo que le agradará sabes que el registro ha resul-tado infructuoso. Por su resultado, puede llegarse a la conclusión de que los hermanos da Silva son dos res-petables ciudadanos. Pero esa cuestión del «Plectrum Club» continuará adelante… Luiz no podrá deshacer-se de nuestras acusaciones.

—No me sorprende, Wise — comentó Quin —. ¡No se impaciente! He estado en el piso de la señorita Ka-roli. Quiero hacerle una pregunta. ¿Retiraron usted o alguno de sus muchachos lapiceros de aquella casa?

—¿Lapiceros? No. ¿Por qué…?

— Porque había dibujos hechos a lápiz en aquel libro de la señorita Karoli… pero no hemos hallado lapiceros por, ninguna paste — le explicó Quin.

—¡Oiga! ¿Sospecha usted que el asesino se llevase consigo los lapiceros?

—No sospecho ni sugiero nada… pero es posible.

—¿Qué necesidad tenía el asesino de apoderarse de unos lapiceros?

—Ya lo veremos. No se preocupe usted. Yo se lo diré… y pronto. Entre tanto, ¿puede hacer una cosa en mi favor?

—Sí, con mucho gusto. ¿Qué es?

—Necesito un par de buenos policías que acompañe a Carol a todas pastes que vaya. ¡Policías armados, es claro. ¡Y quiero que otra pareja de hombres guarde esta casa. Compréndalo, Wise. Voy a entregarme muy pronto a la acción… y no quiero que nadie pueda atacar a Carol mientras estoy ocupado.

CAPITULO XII

Noel Quin volvió a donde Carol se hallaba conver-sando con Marcus. Al verlo aparecer, la conversación entre ambos se interrumpió.

—Era Wise quien llamaba — explicó Quin —. Acaba de regresar después del registro en la casa de los Sil-va… con el resultado que era de esperar.

—¿Nada? — preguntó Marcus.

—¡Nada! Y esa misma fué la respuesta a mi pre-gunta.

—¿Acerca de los lapiceros? — preguntó Carol.

—Sí, acerca de los lapiceros. — Noel cogió de nuevo el libro de dibujos —. Observemos que sólo fueron alte-rados los dibujos hechos con lápiz. No ha sido modi-ficado ninguno de los paisajes hechos con acuarelas.

—¡Diablos! — exclamó Marcus —. Quieres decir que fueron alterados los dibujos que reproducen caras. Y que uno de ellos era un retrato… de su asesino.

Quin inclinó afirmativamente la cabeza.

—Siéntate, Marcus… ¡Calma, amigo! Es, por lo menos, una posibilitad. Y yo he dicho a Carol que sería extraño que la señorita Karoli hubiera abierto la puerta a su asesino… salvo el caso de que el asesino fuese algún conocido suyo.

—Entonces… entonces…. ¿quieres decir que el ase-sino modificó su retrato con el fin de que no se le pu-



«Levantó con celeridad un puño cerrado y...»

diera reconocer como amigo de la señorita Karoli? Y que alteró también los restantes para que no pudiera saberse cuál era el que le producía temor… Pero ¿qué necesidad tendría de hacerlo, querido? ¿Por qué no se llevó el libro consigo?

—Por dos razones — respondió Quin —. Primera: porque el asesino temió que el libro pudiera ser echa-do de menos y que su desaparición despertase las sos-pechas de la policía. En el caso de que se hubiera sos-pechado que el libro había desaparecido porque conte-nía un retrato del asesino, la *marca registrada* del cri-men habría resultado inútil. La otra razón, es una razón que él mismo no comprendió. Es demasiado lis-to. Probablemente se gozó en la idea de dejar en la casa un retrato del asesino… pero alterado de manera que no pudiera ser

reconocido. Y con el fin de no correr riesgos inútiles, decidió llevarse los lapiceros, que ten-drían mascadas sus huellas digitales en la grasienta superficie… Y en esto fue, de nuevo, demasiado listo el asesino. No podía saber que tendríamos el testimonio de alguien que había visto los dibujos unos momentos antes de la muerte de la señorita Karoli.

—Eso significa — dijo Marcus — que, como has di-cho, la *marca registrada* era sólo una falsificación. Que el asesino cometió el crimen por razones personales… no por razón de que Magda Karoli supiese algo respecto a las hazañas de los gemelos cingaleses. El criminal formaba parte del círculo de amistades de Magda, y nos hemos engañado al relacionarlo con la cuadrilla de los cingaleses.

—No de un modo forzoso — observó Quin —. Podría sucedes que el criminal no fuese un asesino a sueldo de la cuadrilla de los gemelos cingaleses, sino el jefe de los asesinos. Que la información que la señorita Karoli te ofreció acerca del jefe secreto de la orga-nización de los hermanos da Silva tuviese relación con alguien que se hallase en el círculo de sus amistades.

Marcus parecía no conceder crédito a sus oídos.

—Pero ¡no es posible! — objeto —. El jefe de la cuadrilla de los hermanos cingaleses, según la confesión de Magda, no es un hombre, sino una mujer: esa japo-nesa llamada Sato Yamasaya… ¡Diablos! — exclamó al cabo de unos momentos —. ¿Quieres decir que Mag-da Karoli sabía lo referente a Sato Yamasaya… pero no sabía que Sato Yamasaya era amiga suya? ¿Es eso? ¿Sugieres que Sato Yamasaya era conocida por ella bajo otro nombre?

—Eso es precisamente lo que creo, Marcus — afirmó Quin —. Que Sato Yamasaya era amiga de Magda Ka-roli… y la mató antes de que ésta pudiera compren-derlo.

—Pero… pero ¿cómo podría formar parte esa Sato Yamasaya del círculo de amistades de Magda Karoli sin que ésta lo supiera? — preguntó, desconcertadamen-te Marcus.

—Hay un detalle que no has apreciado debidamente, buitre — sugirió, con indiferencia, Quin —. Una pe-queña prueba que me hace adquirir seguridad de la identidad del asesino… y como consecuencia, de la de Sato Yamasaya.

Marcus meditó durante breves momentos.

—¡Por todos los diablos! ¡Ya lo sé! — exclamó —. ¿Por qué no lo pensé antes? ¡La mujer que vive en la misma casa de. Gunshaw Road! ¡La mujer que gasta kimono! ¡La señorita Crimmins!

***

Paula Lessing regresó temprano de la oficina. Eran las cinco de la tarde. Y subió las escalenas de su casa con pasos rápidos y ágiles. Paula se alegraba de salir de la oficina. Tenía hambre. No quería molestarse en preparar una comida. Iba a salir inmediatamente y se dispuso a prepararse con rapidez.

Tan pronto como se halló en el gabinetito, Paula cerró la puerta y descansó durante unos momentos. Lo primero que hizo para lograrlo fué quitarse las gafas que obscurecían la belleza de sus ojos verdes. Sin las gafas, Paula parecía más guapa y podía ver mejor que con ellas.

Luego, se quitó el sombrero y el resto de las ropas. Al cabo de media hora, ya estaba preparada para sa-lir. Pero bajo sus nuevas ropas habría sido irrecono-cible para aquellas personas que sólo la conociesen como a Paula Lessing. Tampoco la habrían reconocido las personas que la conocieron cuando se llamaba Pam Lowry. Y mucho menos las que creían que su ver-dadero nombre era Patricia Lawrence.

Vestida como se hallaba, Patricia Lawrence no pa-recía la misma. Pero puesto que la policía andaba bus-cando a una actriz llamada Patricia Lawrence, habría sido locura tener algo de su aspecto.

Antes de la temprana comida de aquel día, Paula Lessing se había deleitado leyendo los relatos perio-dísticos de la batalla de Soho en la tarde anterior. Y bajo su disfraz de mujer de los bajos fondos, esperaba averiguar mucho más que cuanto los diarios publica-ron. ¡Mucho más de cuanto se sabía!

Antes de abandonan el gabinete, Patricia escuchó detrás de la puerta para adquirir seguridad de que nadie la veía salir bajo su disfraz. Era demasiado pronto para visitar los lugares de diversión, pero ya un poco tarde para tomar el té.

Bendiciendo la idea que la impulsó a apoderarse de unas ropas modestas de su vestuario teatral, así como de un vestido de muchacha más respetable, Paula cruzó Kensington y entró en un café, donde tomó una taza de té, recogió un periódico de la tarde que alguien había dejado olvidado, y fumó un cigarrillo. Después, entró en un cine, de donde salió dos horas más tarde. Los olores, los sonidos y el ambiente de Soho la envol-vieron. Fué entonces cuando recibió la impresión de que alguien la seguía, una impresión que sólo tenía como origen la agudeza de su instinto.

No se alarmó. Lo que hizo fué dirigirse a un esta-blecimiento titulado «The Old Adam», que ya estaba lleno de parroquianos y bebedores. Aun no había toma-do asiento Paula y terminado de pedir una copa de ginebra con agua de seltz, cuando un hombre alto se acercó a la mesa y se sentó en una silla frente a la muchacha.

—Lo que has pedido corre de mi cuenta, chica — dijo el hombre cuando el camarero hubo llegado con lo solicitado. Y sacó una ancha cartera del bolso y colocó un billete sobre la bandeja del camarero —. Y tráeme un «Cuello de Caballo», amigo — añadió el desconocido.

«Si me lo preguntaras, te diría que ya tienes un «cuello de caballo», dijo Paula pasa sí. Pero se reservó para sí tal opinión y dijo:

—¡Oh, muchas, muchas gracias!

El hombre pareció hincharse al oír aquellas pala-bras. El camarero llegaba en aquel momento con el «Cuello de Caballo» más veloz que jamás se haya vis-to. Pero el camarero no logró ganar la carrera… ni siquiera por la longitud de un cuello de caballo.

Desde atrás de Patricia y de su admirador, sonó una nueva voz. Esa una voz sibilante que sonaba con claridad entre el zumbido de las conversaciones.

—¡Llévate eso a otra mesa, camarero! — Esta fue la orden que aquella voz expresó —. Y en cuanto, a ti, amigo… vuelve con el vaso a tu mesa… si sabes com-prender qué es lo que te conviene.

El hombre galante que había obsequiado a Patricia se levantó y se volvió. Luego, se separó de la mesa.

—Sí, sí… ¡claro que sí! Fué… estaba bromeando… Y… yo…

No se quedó el tiempo, suficiente para terminar la frase. Y no permaneció allí ni un solo momento más.

Patricia no se volvió. No solamente porque no qui-siera hacerlo, sino, además, porque no tuvo necesitad. Alguien surgió desde detrás de ella, arrastró una silla y se sentó a su lado. Alguien surgió, también, por la izquierda de Patricia y ocupó la otra silla. En los ojos de aquel hombre había algo que recordaba los ojos de la víbora.

La joven permaneció quieta entre los dos y desvió la mirada en dirección al hombre llegado últimamente. El hombre no la estaba mirando. Estaba realizando de modo absorto una pequeña operación. Una pequeña operación que explicaba la razón de que tuviera una navaja en la mano derecha.

Estaba arreglándose las uñas con la mano izquierda.

Y cesó de hacerlo y sin volverse y todavía con la navaja en las manos, de modo que la hoja apuntaba a Patricia, dijo:

—Nos hemos informado de tus andanzas, hermosa. Pero has tenido a nuestros muchachos detrás de ti durante mucho tiempo. Los has hecho caminar dema-siado. Creo que hay una cara muy guapa debajo de todas esas pinturas, una cara que no te gustaría que tuviera una ancha cicatriz, ¿verdad, monina?

Darro da Silva levantó, al fin, la mirada. La res-puesta estaba *en el rostro de ella*.

CAPÍTULO XIII

Carol se angustió al ver que Noel se ponía el som-brero y se disponía a abandonar el piso de Dover Street. Eran las últimas horas de la tarde y desde la noche anterior Carol había estado excitada, expectan-te… e intrigada. Noel había conservado su secreto res-pecto a la mujer llamada Sato Yamasaya y se negó a revelar ni una sola palabra más que lo que había dicho. Y había permanecido durante todo el día ence-rrado en la misma obstinada reserva.

Había llegado la noche. Carol recibió la orden severa de no salir de su casa. Quin iba a salir solo y no quería tener motivo de preocupación respecto a la seguridad de su esposa, en tanto que se hallase ausente de la casa.

—¿Llevas la pistola? — preguntó Carol.

—Sí, llevo la pistola. ¿Por qué me lo preguntas?

—Eso significa que vas a cumplir una misión… — le acusó ella.

—Sí, es cierto. Y volveré pronto… para que desapa-rezca de tu semblante esa expresión de angustia… Vendré a buscaste. Sé dónde debe de estar Sato Yama-saya. Si no tengo la suerte de hallarla en el primer lugar que visite, la buscaré en otro. Pero esta será la última noche de Sato Yamasaya, querida, o…

—¿La tuya? — exclamó ella.

—¿Quieres que hagamos una apuesta? Pero también es posible que regrese tarde. Si vieras que tardo, no me esperes para acostarte.

Y la retiró a un lado, comprobó que la pistola esta-ba cargada del modo correcto, y bajó las escaleras silbando.

***

Todavía estaba silbando cuando llegó a la calle. Los hombres del Yard prestaban atenta guardia. Y Quin supo que no tenía razones para preocuparse… si no era por sí mismo. Pensó en Marcus Evans, que espe-raría con impaciencia noticias, y sonrió. Evans sería capaz de dar sus orejas a cambio de tomar parte en aquella acción que él iba a emprender. Pero Evans no debería intervenir en ella, porque era el primer perio-dista que recibiera informaciones plenas sobre lo suce-dido y que él lo facilitaría… en el caso de que viviese. Si Quin no lo proporcionaba la prometida in-formación, Evans todavía podría escribir algo: una nota necrológica.

Este pensamiento no inquietó a Quin.

Delante de él marchaba una mujer. Y un grande automóvil descendía por la calle de Dover. El auto-móvil marchaba lentamente. Y cuando llegó al mismo nivel a que se hallaba la mujer, se abrió una de sus portezuelas y un par de hombres se apearon. Se pro-dujo el movimiento de un brazo, el brillo de algo que resplandeció a la luz del farol… y la mujer exhaló un grito súbito de dolor y de temor.

Quin corrió hacia ella. Y cuanto llegó a su lado, levantó con celeridad un

puño cerrado y descargó un golpe que envió al arroyo al hombre del cuchillo.

Tras aquel golpe se había lanzado toda la impetuo-sidad de Quin. Antes de que el hombre se hubiera levantado, Quin atacaba al segundo granuja, que llevaba en la mano una navaja de afeitar abierta.

Quin tenía valor, pero no era imprudente. Retroce-dió un paso, se ladeó, sacó la pistola... Y con una velocidad que el otro hombre no pudo igualar, enarcó el brazo y descargó un golpe vertical en la cabeza del malvado, un golpe que hizo que el arma resbalase des-de la frente hasta la barbilla y descubriese la blan-cura de unos huesos antes de que la sangre los ocultase.

Otros granujas bajaban del automóvil. La mujer ha-bía cesado de gritar. Y Quin pudo comprender, enton-ces, que el modo de que los granujas convergían sobre él indicaba que tenían orden de apoderarse de un hombre llamado Noel Quin... ¡vivo!

Pero la pistola tenía algo que decir respecto a que fuese apresado vivo. El puño vacío de Quin había cau-sado grandes daños, pero la «Browning» que estaba en la mano derecha del investigador causó más.

Quin retrocedió unos pasos, levantó el arma para apuntar al grupo y levantó el pestillo de seguridad.

—¿Queréis alguno... que os llene la barriga de plo-mo? — preguntó —. ¡Marchaos, granujas, y...!

No pudo terminar la orden. Se había olvidado de la mujer... o había contado con que estaba a su lado. Pero la mujer, aun con el rostro herido, continuaba a las órdenes de la cuadrilla. Unas manos se asieron repentinamente a la pistola de Quin. Cuando éste pudo retirarlas y empujar a la mujer a un lado, los hombres de la cuadrilla habían hallado al momento de desaten-ción que necesitaban. Todos ellos se lanzaron impe-tuosamente contra él. Y Quin cayó a tierra, se golpeó la cabeza contra la frialdad del pavimento y...

La obscuridad se hizo a su alrededor.

***

Cuando comenzaba a recobrar la conciencia, expe-rimentó la sensación de que era trasladado de manera vertiginosa a otro lugar. Debía de hallarse en el suelo de un automóvil que corriese a gran velocidad. El instinto no le engañaba, según pudo comprobar cuando entreabrió los párpados. Se hallaba en poder de la cua-drilla de los gemelos cingaleses... y lo que era más gra-ve, de uno de los dos hermanos en persona.

El rostro cetrino de Darro se destacaba débilmente entre la luz del automóvil.

—De modo... que el señor don Listo Quin ha caído en la trampa — dijo Darro, de modo ridiculizador.

Quin olvidó el dolor de su cabeza, olvidó la doble hilera de botas que la presionaban las costillas y de-volvió burla por burla.

—¡Siga, don Cerebro Rector... dígame cómo lo logró! Todos lo dicen antes de que los entregue al verdugo. ¡Famosas últimas palabras de los bandidos!

Quin recibió un puntapié que le propinó da Silva.

—¡Voy a decírtelo, imbécil! Serán mis últimas pa-labras… para ti. Crees que eses listo… y has mordido el anzuelo. Sabíamos, Quin, que saldrías esta noche, pero no sabíamos qué dirección tomarías. Y habíamos colocado a una mujer en cada lado de la calle… para que acudieras a auxiliarla. No sabía lo que los esperaba naturalmente. Obedecían órdenes superiores. Muchas gracias, Quin.

—¡Muy ingenioso! — exclamó Quin, con burlona admiración —. Y ahora supongo que irás a informar de lo sucedido a tu jefe… a Sato Yamasaya.

El rostro de Darro se ensombreció aun más. Pero Darro no replicó. Dió un nuevo puntapié a Quin, sacó una navajilla de un bolsillo y comenzó a recortarse las uñas.

***

Un par de granujas arrancaron a Quin del suelo del automóvil, lo sacaron a una calzada de grava y lo trans-portaron a una casa. Después, fué abandonado sobre un gruesa alfombra. Desde allí, pudo ver que Darro da Silva estaba telefoneando. Las palabras que Darro pronunció confirmaron la suposición de que era al jefe de la cuadrilla a quien facilitaba informes.

—Sí, aquí lo tenemos… Acabamos de llegar… ¿He-mos de llevarlo ahí?… Estaba buscando alguna… di-versión para él…

Quin comprendió que si había de ser trasladado a algún otro sitio, nada podría perder con el cambio. La situación podría ser peligrosa. Pero nada podría ser más peligroso que el servir a Darro de motivo de di-versión.

—¡Levantadlo — ordenó Barro da Silva a sus hombres.

Dos minutos más tarde, Quin se encontraba de nue-vo tendido en el suelo de un automóvil, y cuando hubo transcurrido media hora más se halló tumbado sobre la alfombra de otra habitación. Era una habitación gran-de y bien amueblada.

Y el gemelo y sus granujas habían desaparecido, Quin había quedado a solas en aquella exótica estan-cia. Lo más extraño de todo era que, a pocos pasos de él, hubiera una mesita auxiliar que sostenía un micrófono.

Era muy interesante… pero lo único que podría haber interesante para Quin sería una afilada hoja de acero que le permitiera cortar las ligaduras de sus manos y sus piernas.

Continuó tendido en el suelo e intentó consolarse filosóficamente, mas no lo consiguió. Se hallaba — lo sabía bien — en una situación muy comprometida. Aquella había de ser, como había dicho, la última noche de Sato Yamasaya, o… Todo parecía indicar que había de ser la última de Noel Quin.

Evidentemente, el jefe era partidario de la espera… o estaba atareada en otro lugar. Quizá no estuviera todavía en la casa. Acaso estuviera en camino para entendérselas… con dos prisioneros.

Pero a Quin no le agradaba esperar. Deseaba que lo que hubiera de suceder, fuese como quiera que fuese, sucediese inmediatamente. El pensamiento fijo del tormento esperado no era agradable. ¿Por qué no llegaría… alguien?

Y, repentinamente, alguien llegó. Lo hizo tan silen-ciosamente, que se halló

en la estancia antes de que Quin hubiera oído algún ruido. Alguien se hallaba junto a una puerta que había sido cerrada previa-mente… y que no era la puerta por donde él había entrado.

Alguien se había detenido para mirarlo con aten-ción. Alguien a quien había visto anteriormente, pero no bajo aquel aspecto. Alguien a quien no había visto con aquellas ropas. Esa una mujer… vestida con un extraño quimono. Una mujer que sonreía de modo enig-mático. Una mujer que se le acercó con la gracia sinuo-sa y elástica de una tigresa.

¡Patricia Lawrence!

CAPÍTULO XIV

La mujer se acercó silenciosamente. Iba descalza. Y se arrodilló sobre la alfombra y al lado de él. La pasión se asomaba a los ojos sin el freno de las oca-siones anteriores. Esa una pasión que brillaba en sus pupilas con un fuego hambriento.

—Me quieres, Noel, ¿no es cierto? — le preguntó.

Quin no contestó.

—Sí, me quieres — insistió ella.

Pero su vez pareció proceder de las profundidades de un sueño.

Quin supo lo que había sucedido. Patricia se había sentido siempre atraída por él. Lo había comprobado en las entrevistas anteriores. Y no era aquello lo que él espesaba que sucediese.

Ella bajó la mirada hacia él y susurró roncamente:

—Muy bien. No me quieres… Crees que no me quieres… Pero he de lograr que me quieras. ¿Supones que no puedo conseguirlo? ¡No me conoces bien! ¡No sabes nada acerca de mi carrera! ¿No me has visto nun-ca trabajar? ¿No he desempeñado el papel de Salomé? Era una comedia hermosa… El hombre que figuraba en ella, tampoco me quería… Pero yo era Salomé… No quiso quererme y bailé con su cabeza.

Volvió a arrodillarse junto a él y lo puso ambas manos en los hombros. Y murmuró con voz que la pasión hacía temblorosa:

—Bailaré de nuevo… con el corazón de un hombre en esta ocasión… Te haré quererme… querer a tu Sa-lomé… ¡Mira!

Se había levantado nuevamente. Cuando se quitó el quimono. Quin vió que estaba vestida con gasas y ro-pas livianas. Fué una danza sin música la suya, pero sus movimientos estaban dotados de un ritmo que la hacían innecesaria. Era una escena de leyenda de ha-das… que parecía vista en un sueño.

—¿Me quieres, me quieres? — volvió a preguntar Patricia.

—¿Por qué me lo preguntas cuando tengo las ma-nos atadas? — preguntó, a su voz, Quin.

—¡Querido, querido Noel! — exclamó ella —. No encuentro ningún cuchillo en la habitación… No podría deshacer esos nudos…

—¿Qué tienes en la mano? — preguntó Quin.

—Un encendedor. Lo he hallado en la mesita del micrófono… Un

encendedor…

—¡Un encendedor! ¡Mira a ver si puedes encen-derlo!

Patricia hizo que la llama brotase de él.

—Ponte detrás de mí… quema las cuerdas… ¡Pron-to, pronto!

—Pero… no me atrevo, querido. Tienes atadas las manos tan fuertemente, que te quemaría las muñecas.

—¡No Importa! — dijo él, impacientemente —. ¡Quema las cuerdas… pronto!

Y Patricia obedeció después de nuevas súplicas apremiantes.

Patricia obraba de manera teatral en todo momento. Y así lo hizo cuando comenzó a quemar las cuerdas.

Quin se halló con las manos libres, se las colocó ante la boca y sopló sobre las quemaduras de las mu-ñecas.

Patricia se situó ante él. El encendedor se había apagado. Quin se lo arrebató y empezó a quemar las cuerdas que le sujetaban los pies.

Una voz metálica sonó en aquel momento a través del altavoz del receptor de radio. Pero no era la voz de los anunciadores de la B. B. C. Era una voz que te-nía acento extranjero. Una voz que Quin había oído anteriormente… por teléfono. Una voz de mujer…

¡La voz de Sato Yamasaya!

***

—Señor Quin, ¿está escuchando?

Estas fueron las palabras que brotaron burlona-mente del altavoz.

Quin comprendió que Sato Yamasaya se hallaba en la casa. Y Quin necesitaba decir algunas cosas…

—Sí, estoy escuchando — dijo, con calma —. ¿Tiene usted todavía temor a revelarse?

—No es temor, es discreción. Pero no hay verda-deros motivos pasa recurrir a la discreción. Pues como habrá podido comprendes, señor Quin, jamás podrá us-ted repetir lo que oiga en esta casa.

Quin rió.

—¡Cuántas veces he oído decir eso mismo! — re-plicó —. Pero continúe. He oído por radio muchos pro-gramas peores que: «¡Hay que ver lo muy listo que soy!», por Ingenioso Yamasaya. Y no es precisamente que tenga esperanzas de aprender algo de usted…

—¿Sí? ¿Cree usted que no daré satisfacción a su curiosidad antes de… silenciarlo pasa siempre?

—¡No tengo curiosidad! ¡Nada tengo que apren-der de usted! ¡Y soy yo quien va a satisfacer la cu-riosidad de usted… y quien va a ponerle una cuerda al cuello!

—¡Es usted muy gracioso, seños Quin! — respondió la voz que sonaba en el

altavoz —. Pero demasiado op-timista si se tiene en cuenta la situación en que se halla… ¿Qué es lo que quiere usted decirme… antes de que lo entregue a mis hombres?

—¡No diga tonterías, Sato Yamasaya! — replicó, burlonamente, Quin —. Seré yo quien le entregue a *mis hombres*. ¿Y por qué ha de entregarme usted a sus hombres? ¿Por qué no pone fin a mi vida personal-mente… como hizo en alguna otra ocasión con otras personas?

—¿Sí? ¿Y cuándo ha sucedido eso?

—Cuando asesinó usted a Magda Karoli… y la mar-có a fuego para provocar sospechas contra sus asesi-nos a sueldo.

—¿Y qué razones pude tener pasa hacerlo, señor Listo Quin?

—Que Magda Karoli experimentaba una curiosidad excesiva pos los gemelos cingaleses… Por eso… antes de que pudiera relacionar a usted con la Sato Yama-saya de quien la había hablado… usted la estranguló.

—¡Está usted loco! ¿Qué necesidad pude tener de hablarla de Sato Yamasaya?

La respuesta de Quin fue tersa como la seda.

—Que — dijo — cuando se sospechó que detrás de los gemelos cingaleses había un jefe, usted quiso que la gente supiera que el jefe era Sato Yamasaya. Y si los gemelos cingaleses eran un frente falso que cubría a un jefe… Sato Yamasaya era también un frente falso. Cuando los curiosos creyesen en la existencia de Sato Yamasaya, se hallarían convencidos y no harían más indagaciones. Usted los hizo creer en Sato Yama-saya porque Sato Yamasaya era un fantasma inexis-tente, y en tanto que se preocupasen por Sato Yama-saya el verdadero jefe estaría seguro…

—¡Imbécil! ¿Cree usted que no soy el verdadero jefe que está sobre los gemelos cingaleses?

—¡No es eso lo que he dicho! ¡Usted es el jefe, sin duda alguna! Pero Sato Yamasaya no existe. Y puedo decirle cómo y por qué fingió la existencia de Sato Yamasaya y quién es usted en realidad.

—¿Y quién soy en realidad?

—Es usted el hombre apropiado para concebir este torpe engaño y para representar la comedia que está representando desde hace diez minutos. Sato Yamasaya es una farsa y usted es un actor… Usted es el asesino de Magda Karoli… ¡si actor *señor Conrad Barry*!

***

Quin, que ya se había librado de las ligaduras de los pies, se levantó durante el momento de silencio que siguió a sus últimas palabras.

—¡Muy bien. Quin! ¡Ha adivinado usted la ver-dad! — dijo el ausente Barry, con su voz natural —. Puedo abandonar mi ficción. Dígame cómo comprendió la verdad de lo que sucedía… y dígamelo antes de que lo arroje de patas al infierno.

—Lo descubrí porque el asesino de Magda Karoli quiso ser listo… y lo fué demasiado. Quiso, alterar un retrato suyo hecho a lápiz… y otros retratos, también, de modo que no pudiera ser reconocido… Los retratos originales estaban dibujados con lápiz rojo. Y el ase-sino encontró dos lapiceros en el piso. Y no supo con cuál de los dos estaban hechos los dibujos… ¡porque es ciego a

los colores! Dos lapiceros: uno, rojo. Otro, verde. Y el asesino no percibió la diferencia ni sabía el verdadero color de los dibujos. Por esta causa, uti-lizó ambos lapiceros… sin saber que antes había visto los dibujos otra persona… una persona que mencionó tal circunstancia a un investigador que sabía que Con-rad Barry padecía daltonismo.

—¡Hum! Podría ser una sencilla coincidencia. Y por otra parte, ¿qué razones podría haber tenido yo para matar a Magda Karoli?

—Las mismas razones que tuvo para conocerla. Magda había recibido proposiciones de que se uniese a la cuadrilla de los gemelos cingaleses. Rechazó la oferta… y se mostró excesivamente curiosa. Con el fin de interponer una cortina de humo entre su vida pú-blica y su vida secreta, usted dijo a Magda que el jefe de que había oído hablar era una mujer japonesa, una mujer llamada Sato Yamasaya, nombre que adoptó después de haber visto a la señorita Crimmins vestida con un kimono. Y decidió usted eliminar del mundo de los vivos a Magda Karoli cuando tuvo miedo a que pudiera averiguar algo acerca de Conrad Barry. En el caso de que hablase de Sato Yamasaya… ¡Bien! Eso no podría perjudicar a Conrad Barry. Pero el caso de Patricia Lawrence ha sido distinto por completo. Pa-tricia no está enamorada de usted, como la pobre se-ñorita Karoli, sino que es usted quien está enamorado de ella. Y sabía usted que Patricia había recibido ofer-tas de los gemelos cingaleses para que se uniese a su cuadrilla… Y telefoneó usted a Patricia Lawrence para amenazarla de muerte, bajo el nombre de Sato Yama-saya, en el caso de que fuese demasiado curiosa. Pero fué una amenaza vana, porque usted no quería que Patricia muriese. Albergaba usted una pasión por ella que le forzó a ponerle una guardia…

—¡Y la rapté! — exclamó Barry, desde el descono-cido lugar —. ¡La he raptado, Quin, la he raptado! Es cierto. Hice que fuese seguida y vigilada. ¡Y está en esta casa. Quin! ¿Sabe usted que Patricia ha re-presentado Salomé? ¡Todavía cree que está en poder de Sato Yamasaya! ¿Comprende usted la alegría que experimentará cuando vea que en realidad se encuen-tra junto Conrad Barry?

—¡Creo que no! — replicó Quin —. Pero ¿puede comprender, Barry, el placer que usted mismo experi-mentará cuando se encuentre pendiente de una viga y con una cuerda al cuello? ¡Los policías no tardarán mucho en llegar, Barry! Hay una coincidencia más, Barry, que no dejé de tener en cuenta. Averigüé que usted poseía una casa en Mitcham Common, cerca de la casa de los gemelos… aunque ellos no lo supieran… hasta esta noche, cuando usted decidió correr el riesgo.

—¡No corro ningún riesgo, idiota! ¡Los gemelos no saben con seguridad quién es Sato Yamasaya!… Pero eso no podrá beneficiarle, Quin. Es…

—¡Es hora de que lleguen los policías! — dijo Quin —. ¡Ha perdido usted el barco, Barry! Si no lle-gan antes de quince minutos…

El invisible jefe cayó en la trampa. La perspectiva de poder disponer de quince minutos fué un cebo al que no pudo resistirse.

—¡Aun cuando vinieran antes de cinco minutos, no podrían salvar a usted, Quin!

El altavoz cesó de sonar. Quin abandonó el micró-fono que había cogido. Patricia se hallaba a su lado.

Había dos puertas en la estancia: una de ellas, a la derecha. La otra, a la izquierda. Quin se situó entre ambas y delante de Patricia. No sabía por cuál de las dos entraría Barry, pero estaba preparado para saltar contra él tan pronto como apareciera.

Tan pronto que casi sorprendió desprevenido a Quin, la puerta de la derecha se entreabrió. Quin y Patricia se hallaban donde no podían ser vistos

por la persona que entrase.

Por la abertura de la puerta apareció una pistola. Y detrás de la pistola, un hombre alto que entró con rapidez.

Pero aun cuando entró con rapidez, Barry no fué tan rápido como el investigador que se hallaba detrás de la puerta.

Quin cayó sobre él con un salto de pantera. Sus dos manos se cerraron sobre la muñeca del brazo en cuya mano se hallaba la pistola. Barry — alias, Sato Yamasaya — se vió arrastrado al centro de la habitación. Y los dos hombres se agitaron en los esfuerzos de una lucha mortal.

CAPÍTULO XV

Barry no era débil, pero una vez que Quin ejercía una presión como aquella sobre una muñeca, no había modo de anularla. Y precisamente porque Barry no era débil. Quin no podía correr el riesgo de asir la pistola. ¡Necesitaba ambas manos para evitar que la boca del cañón se dirigiese hacia él!

Necesitó también ambas manos para aquel retorci-miento de muñeca que arrancó a Barry un grito de angustia y paralizó los dedos de la mano. La pistola cayó a la alfombra un segundo antes de que Quin arras-trase a Barry de un brazo y lo lanzase de modo vio-lento contra la pared. Antes de que Barry pudiera re-cobrar el equilibrio. Quin se arrojó contra él. El dolor de sus quemadas muñecas fué olvidado. Quin hizo un llamamiento a todas sus reservas de energía… y des-cubrió que Barry había hecho lo mismo.

Barry no era un hombre enfermizo, sino un verda-dero atleta. Pero el entrenamiento del ring no podía servirlo de nada contra un hombre que se hallaba en la situación en que se encontraba Quin, cuya fortaleza era producto de otra escuela: una escuela que perfec-cionaba y endurecía un cuerpo que la Naturaleza había creado fuerte. Los golpes de Quin obligaban a Barry a girar en círculos. El actor tenía los labios partidos, de modo que la sangre caía sobre su traje y su camisa de fantasía. Tenía partidas las cejas, de modo que la sangre caía sobre sus ojos. Tenía partida la nariz por un potente golpe.

Golpeado una y otra y otra vez, el actor se convirtió en una especie de pelele inerte.

Pero comenzó a lanzar golpes contra Quin, que había olvidado la defensa. Cuando se atacaba de aquella manera, apenas era preciso defenderse. Fué al volverse descuidadamente cuando la suerte acompañó a su ene-migo… y Quin cayó al suelo. El pie del investigador había resbalado sobre la olvidada pistola y Quin cayó de espaldas en el momento en que el actor se arrodi-llaba para apoderarse del arma.

Teniendo aquel ensangrentado rostro a una yarda de distancia y mientras las ensangrentadas manos se tendían para recoger el arma. Quin todavía de espal-das, juntó las piernas de modo que formó una especie de tijeras en torno al cuello del actor. Y apretó, apretó…

Barry agitó las manos. Su rostro enrojeció, se cu-brió de un color purpúreo… azul… Y cayó repentina-mente como un globo que hubiese recibido un pin-chazo.

Respirando con dificultad, Quin deshizo la presión de la tijera, se arrodilló y se puso en pie.

Fué en aquel momento cuando Barry recobró vida repentinamente. Dió una vuelta en el suelo y cogió la pistola. Había estado fingiendo.

Pero si Barry era muy sápido. Quin lo era más.

Cuando Barry se afirmaba con la pistola en la mano, Quin describió un arco con la suya, en la que llevaba algo: el micrófono.

La pistola vomitó un disparo. La bala no acertó en el blanco propuesto. Pero el micrófono, sí. El pe-sado objeto de hierro cayó con la violencia de una maza sobre la cabeza del actor y le abrió la frente hasta el punto de que el hueso quedó al descubierto Barry cayó inerte y ensangrentado, tan privado de vida como un buey sacrificado.

¡Tan sin vida… por el momento presente! Quin ca-yó hacia delante por efecto de la fuerza de su golpe. Quedó durante unos instantes apoyado en las manos y las rodillas y respirando de modo difícil. Luego buscó a su alrededor los trozos de cuerda que le habían suje-tado las manos y los pies y ató el señor

Barry con fuerza y seguridad. Después, se levantó lentamente.

Patricia se acercó emocionada y ofuscada.

—¿Estás bien…, Noel? — te preguntó.

—¡Claro que sí!

Y Quin se agachó, recogió la pistola y se la guardó en un bolsillo. Luego recogió el kimono y lo entregó a la actriz.

—¡Vámonos, Patricia! ¡Ya es hora de que nos va-yamos de aquí! — dijo en tono apremiante.

Ella lo miró de modo vacilante. Quin comprendió entonces que la actriz se hallaba bajo los efectos de una droga más potente que los vapores de la marihua-na, como supuso anteriormente. Quizá hubiera recibido alguna inyección soporífera. Pero era preciso que se retirasen de allí…

—¿Me llevas contigo? — preguntó ella —. Entonces…

—¡Sí! ¡Vamos!

Y mientras sostenía la pistola con una mano, Quin pudo levantar el kimono y lograr que ella pasase los brazos por las mangas.

—¡Sígueme! ¡Vamos a ver si hay alguien en estos alrededores! — dijo él, de modo severo.

Y se dirigió a la puerta por donde había entrado Barry. ¡Si pudiera hallar un teléfono… lograr que los policías llegasen en número suficiente para ocupar la casa y apoderarse de los gemelos! ¡Qué lástima que no fuese cierta la amenaza que había hecho a Barry!

Quin se hallaba ante la puerta. En la habitación inmediata se hallaba uno de los granujas de la cua-drilla, que levantó la pistola para disparar. Pero no llegó a disparar. La bala de Quin entró en su cabeza por entre los ojos y el granuja golpeó el suelo con la cabeza antes que con el cuerpo.

—¡Vamos, Patricia! — dijo Quin, sin volver por completo la cabeza.

Y ella lo siguió y los dos entraron corriendo en la habitación.

Mas no llegaron a la otra puerta. Aquella puerta se abrió hacia atrás de modo repentino que descubrió el grupo de hombres que se hallaba al otro lado: un gru-po de hombres a cuyo frente se hallaba uno más bajo que los demás. Cinco o seis pistolas apuntaron a Pa-tricia y Quin. Cinco o seis pistolas que hacían que la tentación de entablar una lucha equivaliese a un sui-cidio.

Darro da Silva se adelantó y entró en la gran es-tancia. La pistola que tenía en la mano apuntaba rec-tamente al corazón de Quin. Esto era algo que podría haber decidido a Quin a tomar la resolución de iniciar una pelea de hombre a hombre. Pero hallándose en la habitación inmediata tantas armas de fuego, que tam-bién apuntaban a su corazón, habría sido una locura insuperable hacer el más insignificante de los movimien-tos amenazadores.

—¡Todo parece indicar que ha perdido usted la partida, Mr. Quin! — Darro sonrió de manera burlona. Y los granujas que quedaban detrás de él sonrieron del mismo modo para expresar su conformidad o hicieron unos gestos amenazadores —. Le conviene abandonar esa pistola, Mr. Quin.

Quin dejó caer la pistola al suelo… pero a su lado.

—¿Ha visto usted al jefe? ¿Lo ha visto? — pre-guntó Darro, con tono que pareció extraño a Quin.

Quin supuso lo que habría sucedido.

—¡Se refiere a Barry, sin duda! — dijo —. Sin duda han estado ustedes en su casa y han decidido venir para poner las cartas boca arriba… ¡Bien! Encontrará usted a su jefe en esa habitación.

—¿Vivo?

Darro volvió los ojos, saltones y feos, en la direc-ción que se le indicaba.

—¡Sí… vivo! Pero no para mucho tiempo. Tiene una cita con el verdugo.

En la habitación se produjo un repentino descon-cierto.

Quin se hallaba allí, en pie, con la recobrada pisto-la y espesando una ocasión de utilizarla. Patricia Law-rence estaba a su lado, aturdida y descompuesta. Y junto a ellos había una mesita de tablero redondo y forrado de bronce.

La sonrisa que había en el rostro de Darro se pro-fundizó.

—¡Usted es el que tiene una cita! — silbó más que dijo.

La pistola que tenía en la mano vomitó una llama. Aun cuando se hallaba preparado y alerta, Quin nada pudo haces. Levantó su pistola para disparar, pero el proyectil de Darro estaba ya en camino.

Y también se hallaba en camino algo más. ¡El cuerpo de Patricia Lawrence! Con un repentino grito de alarma y temor, se arrojó entre Quin y la llameante pistola de Darro. Y entre ambos se hallaba cuando la bala llegó a su destino.

Patricia se derrumbó sobre Quin y ambos cayeron al suelo. Pero con el fin de rehuir el fuego y de hallar una ocasión de responder a los disparos, Quin rodó y rodó… hasta que se halló detrás de la mesa que tenía una superficie de bronce. Arrastró la mesa consigo le-vantó la mano… y disparó.

El proyectil se clavó en el vientre de Darro. El gra-nuja gritó como un caballo herido, retrocedió y se llevó las manos a las ardientes entrañas.

La estancia se convirtió en un infierno de fuego y disparos. Los bandidos buscaban, cubierta y refugio, pero no todos lo encontraron. Uno de ellos cayó de es-paldas con el paladar perforado por un proyectil. Otro se derrumbó con una cadera destrozada. No pudiendo permitirse el lujo de malgastar disparos ni disponiendo de ocasión de recargar el arma, el investigador dis-ponía de una bala para cada uno de aquellos miserables. Aquella era la última esperanza de Quin.

La superficie de la mesa sonó como un gongo por efecto de los trozos de plomo que contra ella choca-ban. Quin no se hallaba completamente protegido por aquel escudo metálico, ya que una parte de su cuerpo quedaba al descubierto. Para disparar, el investigador se veía obligado a levantar por encima de la mesa de-rribada la mano que sostenía el arma y a asomarse para hacer puntería.

Por su mano derecha corrió lo que pareció un re-guero de fuego trazado por un hierro caliente.

Aun quedaban indemnes algunos granujas. Y los proyectiles de Quin comenzaban a escasear. Debía de haber ya solamente uno, pensó Quin. Y acaso no hu-biera ni siquiera uno. Bien. Llegaba al final. El cán-taro iba demasiadas veces a la fuente.

Con la forma inmóvil de una mujer yacente a una yarda de él. Con unos granujas repartidos en diversos lugares de la habitación inmediata. Con otros granujas vivos y sanos hasta entonces, que disparaban desde el otro lado de una liviana mesa de superficie de bronce, Quin levantó la pistola para el que probablemente ha-bría de ser el disparo final… en el caso de que aún con-tuviera una bala.

¿Una bala… o nada? La cabeza de un bandido aso-mó sobre la parte superior de un buró. Quin oprimió el gatillo. La cabeza desapareció con un agujero a tra-vés de un ojo. Lo oprimió nuevamente mas ya no se produjo ningún estampido.

No hubo estampido… Por lo menos, procedente de la pistola de Quin. Pero los que sonaron en la otra habitación semejaron un clamor acorte de voces pro-fundas. La puerta más lejana se abrió… Y entraron muchos hombres en la estancia. Hombres vestidos con trajes civiles y hombres vestidos con uniformes azules. Hombres que llevaban pistolas en las manos y hombres que llevaban porras.

Una voz estentórea, que Quin conocía bien, rugió en la habitación y se sobrepuso al estrépito.

—¡Dejad caer las pistolas, bandidos! — gritó el inspector Wise —. ¡Y levantad los brazos! ¡Toma eso, granuja! — La pistola del inspector vomitó unas llamas y plomo —. ¡Adelante, muchachos!

Y los muchachos, los policías, entraron como una incontenible avalancha.

***

Quin se hallaba junto a la muchacha del kimono, la muchacha del cabello de color de bronce, cuyos ver-des ojos no estaban ya ensombrecidos por los efectos de algún estupefaciente, sino de algo más… eterno.

Los policías habían apresado a los miembros vivos de la cuadrilla de los hermanos cingaleses y los ha-bían conducido, a los automóviles. Y también se ha-bían apoderado del cingalés que aun se hallaba en li-bertad, el gimiente Darro.

Más tarde, con aquella cabellera bronceada que caía sobre el brazo con que sostenía la cabeza de la mujer, Quin se arrodilló para oír lo que Patricia Lawrence intentaba decir. El kimono estaba manchado de la sangre que la actriz derramaba.

Aquella mujer que lo había querido a través de los años, había al fin dado su vida por amor a él. Se había convertido instantáneamente en un escudo viviente. Y la sangre que brotaba de sus arterias relataba el resto de la historia.

La imaginación de Quin volvió a los años antiguos. La muchachilla que lo quiso en los primeros tiempos de su juventud, lo quería también en los últimos mo-mentos de su vida.

—Es… hermoso, Quin… Es her…moso, Noel — dijo ahogadamente Patricia —. Esto es lo que siempre… he anhelado… Tener… tu brazo… en torno a mi cue-llo… He tardado mucho tiempo… en conseguirlo… ¿verdad? — Un espasmo de dolor contorsionó su rostro. — Apriétame contra ti… Noel… Tengo… tengo frío… Pero… pero… tus brazos me rodean el cuello… ¿no es cierto? ¡Déjame… mirarte… detenidamente…! ¡Dé-jame… mirarte… detenidamente! ¡Déjame — siguió diciendo con voz balbuciente — antes de que te aban-done… y vuelvas junto a Carol!

Quin inclinó más la cabeza hacia ella. Cuando volvió a levantarla, tenía los ojos húmedos de lágrimas. Y los de Patricia estaban cerrados.

Quin dejó dulcemente su cuerpo en el suelo.

***

Carol estaba recorriendo nerviosamente la habita-ción cuando Quin regresó a Dover Street. Se sentó junto a él en el diván, y Quin refirió lo sucedido… con algunas reservas.

—Pero ¿cómo acertaron a encontrarte, querido?

—Aquella camorra callejera… puso principio a la cuestión. Se enviaron informes al departamento co-rrespondiente… informes que llegaron a Wise, puesto que todo parecía indicar que se trataba de una «ha-zaña» más de los hermanos cingaleses… Wise se entre-gó inmediatamente a la actividad, averiguó lo sufi-ciente para suponer que yo era la víctima del secues-tro… Unos testigos me vieron acurrucado al pie del asiento del automóvil… Marcus llegó a aquel punto, como siempre, en busca del material para una infor-mación periodística… Y cuando tuvo motivos para sos-pechar que me hallaba en un mal aprieto, entregó a Wise la carta que le había confiado aquella misma tarde.

—¿La carta? — preguntó Carol.

—Sí. No podía dejártela… no podía confiar en que no la abrieses. No quería alarmarte. Pero dije a Mar-cus que la entregase a Wise en el caso de que yo no regresase esta noche de mi pequeña… juerga, que se la entregase si esta mañana no se tenían noticias de mí… En la carta explicaba mi teoría respecto a Sato Yama-saya y su identidad… y sugería que se prestase aten-ción, no solamente a los hermanos cingaleses y su casa de Mitcham, si no, además a la casa de Conrad Barry, que no está muy lejos de aquella. Cuando Wise recibió la nota y corrió al punto que le indicaba, la representación había terminado casi por completo… pero afortunadamente, no para mí.

Carol permaneció silenciosa durante un pleno mi-nuto. Luego:

—¿Y Patricia Lawrence? ¿La habéis encontrado? — preguntó.

En la voz de él hubo una entonación que Carol no había percibido jamás.

—Sí, Carol… La encontraron… Y no tienes motivos para estar celosa de ella… nunca. Me… dejó… una es-pecie de mensaje para ti. Una especie de petición de perdón, de excusa… Si me tienes aprecio… querida… piensa en ella con cariño. Si no hubiera sido por ella, no habría podido volver jamás a tu lado…

—¡Oh!

Carol miró atentamente a Quin.

—Creo — dijo sosegadamente Quin — que tú y yo no conocemos todos los aspectos del amor, Carol… Pero Londres está hecho más limpio, más claro que antes. ¡Sonriamos! Los hermanos cingaleses y sus cuadrillas han desaparecido de la vida pública. El asesino de Magda Karoli está en un calabozo esperando la llegada de la cuerda y el verdugo que le prometí. ¿Qué te dije, jovencita? ¿No te dije que no estuvieras levantada en las horas en que las personas respetables están acos-tadas? ¡Adelante!

Carol lo miró interrogativamente.

—Me acostaré dentro de unos momentos — dijo Quin —. Antes de hacerlo, he de curarme unas peque-ñas quemaduras…

Así terminó la historia.

FIN



¿Quién hubiese dicho que aquella mayestática mujer, aquella prodigiosa actriz que admiraba todo Brooklin, iba a suicidarse?

¿Quién hubiese sido capaz de adivinar que aquella obra teatral de que todo Nueva York hablaba, iba a convertirse en una

RAPSODIA DE CRIMENES

VIC PETERSON

el maestro del enigma, le dirá POR QUE un actor joven y admirado acabó su representación en el más allá...

POR QUE... una actriz bonita y codiciada vió cortada trágicamente su cadena de triunfos. Y POR QUE alguien, al matarla, murmuró en sus oídos palabras de amor...

RAPSODIA DE CRIMENES

es la obra más lograda de **VIC PETERSON** y COLECCIÓN DETECTIVE la publicará en su próximo número